



SAN MIGUEL

No. 77

enero-febrero 2026



**Exhortación del Papa León XIV
sobre el amor hacia los pobres**



Revista bimestral de los
Peregrinos de
San Miguel Arcángel
Edición No. 77

Oficina Principal

"Michael" Journal - Canada
1101 Principale St., Rougemont QC, J0L 1M0
Tel: (450) 469-2209 Fax: (450) 469-2601

Editor

Alain Pilote

Colaboradores

Paola Santamaria
Juan Castro Soto
Adriana Ramirez
F. Noè Amezcua Domínguez

Editado por

Instituto Louis Even para la Justicia Social

Subscripciones

"Michael" Journal - Canada
1101 Principale St., Rougemont QC, J0L 1M0
Tel: (450) 469-2209 Fax: (450) 469-2601

"Michael" Journal - Estados Unidos
P.O.Box 86 / South Deerfield, MA 01373, USA
Tel: 1-888-858-2163

Printed in Canada

Send back all mail that cannot be delivered to:
"Michael" Journal, 1101 Principale Street, Rougemont
QC, J0L 1M0 - Canada

Publications Mail Reg. No. 40063742

PUBLICATIONS MAIL ONLY AGREEMENT No.
40063742

Legal Deposit - National Quebec Library

Postmasters must send address changes to:
"Michael" Journal, 1101 Principale Street,
Rougemont QC, J0L 1M0 - Canada

©2025 Peregrinos de San Miguel Arcángel. Todos los
derechos reservados. Los artículos de esta revista
podrán ser reproducidos dando crédito a la Revista
San Miguel.

www.revistasanmiguel.org

SAN MIGUEL

Contenido

- 3** Dios nos confía una misión
Alain Pilote
- 4** El objetivo de la economía
Alain Pilote
- 8** Un dividendo nacional para todos
Louis Even
- 11** La tecnología, ¿aliada o enemiga
del ser humano? *Alain Pilote*
- 12** Exhortación apostólica Dilexi te
León XIV
- 17** ¿Por qué una fiesta de Cristo Rey?
Pío XI
- 19** ¿Laicidad o laicismo?
- 20** Tres armas poderosas contra el mal
Lise Rodrigue-Fournier
- 22** Otro Engaño ya está aquí
Juan Castro y Paola Santamaria
- 24** San John Henry Newman
Dom Antoine-Marie, osb
- 29** El libro que hay que leer para
saber quién es León XIV
- 30** León XIV responde a las preguntas
de los jóvenes



Foto de portada: shutterstock.com / 2637002331

Ediciones

Idiomas: inglés, francés, polaco, español.

Canadá y Estados Unidos: 2 años - \$ 10

Australia y Nueva Zelanda:2 años - A \$ 32

Europa: 2 años - 20 €

Polonia: 2 años - \$ 20

América del Sur: 2 años - \$ 20

Otros países, correo aéreo: 1 año - \$ 20

Dios nos confía una misión

San John Henry Newman, a quien León XIV acaba de declarar doctor de la Iglesia (véase página 24), escribía:

«Dios me ha creado para hacerle algún servicio definido. Me ha encomendado alguna obra que no ha dado a otro. Tengo mi misión.».

León XIV, dirigiéndose a los jóvenes estadounidenses (véase página 30), citaba esta oración de san Agustín:

«Señor, dame la gracia de hacer lo que me pides y luego pídemelo lo que quieras».

San Alberto Hurtado, sacerdote jesuita chileno (véase Vers Demain de octubre-noviembre-diciembre de 2023), declaraba:

«Jesús nos dice: “Te necesito. No te obligo, pero te necesito para realizar mis proyectos de amor. Si tú no vienes, quedará una obra sin realizar, una obra que tú, y solo tú, puedes realizar”».

Si cada ser humano ha recibido de Dios dones distintos para una misión, una vocación específica, todas estas vocaciones convergen en un solo fin: ser testigos, instrumentos del amor de Dios, para «que venga su Reino y se haga su voluntad en la tierra como en el cielo».

Y la Iglesia nos enseña que este amor de Dios debe reflejarse, concretarse en nuestro amor por los pobres, como lo explica el papa León XIV en su reciente exhortación apostólica (véase página 11). Si la Iglesia habla de una opción preferencial, de un amor especial por los pobres, es sencillamente porque es Jesús mismo quien se identifica con los pobres, cuando nos dice, en el capítulo 25 del Evangelio según san Mateo:

«Tuve hambre y me dieron de comer... cada vez que lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron».

Y en esa misma exhortación, el Papa insiste en la urgencia de resolver las causas estructurales de la pobreza:

«Las estructuras de injusticia deben ser recono-

cidas y destruidas por la fuerza del bien, mediante un cambio de mentalidades, pero también, con la ayuda de las ciencias y de la técnica, mediante el desarrollo de políticas eficaces para la transformación de la sociedad».

Una técnica eminentemente eficaz para poner fin a la pobreza es la solución de la Democracia Económica, concebida por el ingeniero escocés Clifford Hugh Douglas. Es de esta solución de la que Louis Even decía: «Es una luz en mi camino, es necesario que todo el mundo la conozca», y que lo llevó a fundar Vers Demain para facilitar su difusión.

Douglas y Louis Even explicaron el vicio del sistema monetario actual —el dinero creado en forma de deuda y la falta crónica de poder adquisitivo (véase página 8)— y también aportaron una solución, recordando ante todo que el verdadero objetivo de la economía

es hacer que los bienes correspondan a las necesidades, y que el dinero debe ser el reflejo de la realidad, una simple contabilidad (véase página 4).

Cambiar las normas del sistema financiero actual es, evidentemente, una tarea difícil, pero no es imposible, puesto que estas normas financieras no son leyes divinas, sino leyes humanas. Estas normas han sido creadas y votadas por hombres; por lo tanto, también pueden ser cambiadas por hombres.

La gracia de Dios es ciertamente necesaria en esta tarea «inmensa, pero necesaria», según las palabras de san Juan Pablo II. Y se nos proponen tres medios, tres armas particularmente eficaces en este combate por la justicia: el Rosario, la humildad y la consagración a María (véase página 20). Vers Demain transmite un mensaje de esperanza, de liberación financiera para los pueblos de la tierra. Al convertirnos en mensajeros de esta buena noticia de justicia económica, nos convertimos en «peregrinos de esperanza». El Concilio Vaticano II recordó que la misión de los fieles laicos es hacer que el mundo sea conforme al Evangelio. Entonces, ¡buena lectura y mucho éxito en su misión! ❖

Alain Pilote, redactor

El objetivo de la economía: llevar los bienes a quienes los necesitan

Desde 2006 se organiza en Rougemont una sesión de estudio sobre la democracia económica (o Crédito Social, pero no el sistema actual de la China comunista), vista a la luz de la doctrina social de la Iglesia. Esta enseñanza es impartida por Alain Pilote, quien se ha basado en los escritos de Louis Even para hacer un resumen de las propuestas financieras de C. H. Douglas en algunas lecciones.

Las lecciones de esta sesión se reproducen en el libro «La doctrina social de la Iglesia y su aplicación en Economía», que puede pedirse a nuestra oficina. A continuación, algunos extractos de la primera lección:

por Alain Pilote Fines y medios

Cuando se habla de economía, conviene distinguir entre fines y medios, y sobre todo someter los medios al fin, y no el fin a los medios.

Sucede con frecuencia que, en la conducción de los asuntos públicos, se toman los medios por el fin, y luego uno se sorprende de obtener el caos como resultado. Por ejemplo, ¿cuál es, según usted, el objetivo, el fin de la economía?

- A. Crear empleos**
- B. Obtener una balanza comercial favorable**
- C. Distribuir dinero a la población**
- D. Producir los bienes que la gente necesita**

La respuesta correcta es D. Sin embargo, para prácticamente todos los políticos, el fin de la economía es crear empleos; no obstante, los empleos no son más que un medio para producir los bienes, que son el objetivo, el verdadero fin de la economía. Hoy, gracias a la herencia del progreso, los bienes pueden producirse con cada vez menos trabajo humano, lo que deja a las personas cada vez más tiempo libre para dedicarse a otras actividades, como cuidar de su familia o cumplir otros deberes sociales.

Además, ¿qué utilidad tendría seguir produciendo algo cuando las necesidades humanas de ese producto ya están cubiertas y satisfechas? Esto conlleva un desperdicio inútil de los recursos naturales.

Y si se insiste en el pleno empleo, ¿qué ocurre con quienes no pueden ser empleados por el sistema productivo: las personas con discapacidad, los ancianos, los niños, las madres que permanecen en el hogar? ¿Deberían todos morir de hambre? No todos los seres humanos son productores, pero todos son consumidores. Si se piensa en términos de realidades, tener una balanza comercial favorable significa exportar a



otros países más productos de los que se importan del extranjero, lo cual implica terminar con menos productos en el propio país, es decir, más pobres en riquezas reales.

Muchos se sentirían tentados a responder C a la pregunta inicial, porque parece evidente que el dinero es necesario para vivir en la sociedad actual, a menos que uno produzca por sí mismo todo lo que necesita para vivir, lo cual hoy es la excepción, con la división del trabajo en la que un individuo es panadero, otro es carpintero, etc., y cada uno realiza una tarea específica y produce bienes diferentes.

El dinero es un medio para obtener lo que producen los demás. ¡Obsérvese bien: es un medio, no un fin! No nos alimentamos comiendo dinero ni nos vestimos cosiendo billetes de papel: utilizamos el dinero para comprar alimentos y ropa. Los bienes deben, ante todo, ser producidos, fabricados y puestos a la venta en el mercado; si no hubiera ningún producto que comprar, todo el dinero no valdría absolutamente nada, no serviría para nada.

¿De qué serviría, por ejemplo, tener una valija que contenga un millón de dólares si uno se encontrara en el Polo Norte o en el desierto del Sahara, sin ningún producto que comprar con ese millón de dólares? Compárese ahora esta situación con la de un hombre que no tiene ni un centavo, pero que vive en una isla donde encuentra toda el agua potable y todos los alimentos que necesita para llevar una vida confortable. ¿Cuál de los dos es más rico?

Repitémoslo una vez más, y lo explicaremos con mayor detalle más adelante: el dinero no es la riqueza, sino un medio para obtener la riqueza real: los bienes.



No confundamos los fines con los medios. Lo mismo puede decirse de los sistemas. Los sistemas han sido inventados y establecidos para servir al ser humano, y no el ser humano creado para servir a los sistemas. Si, por lo tanto, un sistema perjudica a la mayoría de las personas, ¿hay que dejar sufrir a la multitud por el sistema, o corregir el sistema para que sirva a la multitud?

Puesto que el dinero fue establecido para facilitar la producción y la distribución, ¿hay que limitar la producción y la distribución al dinero, o poner el dinero en relación con la producción y la distribución?

De ahí se desprende que el error de tomar los fines por los medios, los medios por los fines, o de someter los fines a los medios, es un error grave, muy extendido, que causa mucho desorden.

El fin de la economía

La palabra economía proviene de dos raíces griegas: *oikía*, casa; *nómos*, regla. Se trata, por lo tanto, de la buena regulación de una casa, del orden en el uso de los bienes del hogar.

Economía doméstica: buena conducción de los asuntos en el hogar. Economía política: buena conducción de los asuntos de la gran casa común, la nación.

Pero ¿por qué «buena conducción»? ¿Cuándo puede llamarse buena la conducción de los asuntos de la casa pequeña o de la casa grande, de la familia o de la nación? Cuando alcanza su fin.

Una cosa es buena cuando produce los resultados para los cuales fue instituida.

El ser humano se dedica a diversas actividades y persigue distintos fines, en distintos órdenes y ámbitos.

Existen, por ejemplo, las actividades morales del ser humano, que se refieren a su relación con su fin último. Las actividades culturales se refieren a su desarrollo intelectual, al enriquecimiento de su espíritu, a la formación de su carácter. En su relación con el bien general de la sociedad, el ser humano realiza actividades sociales.

Las actividades económicas se relacionan con la riqueza temporal. En sus actividades económicas, el ser humano busca la satisfacción de sus necesidades temporales.

El objetivo, el fin de las actividades económicas es, por lo tanto, la adaptación de los bienes terrenales a la satisfacción de las necesidades temporales del ser humano. Y la economía alcanza su fin cuando pone los bienes terrenales al servicio de las necesidades humanas.

Las necesidades temporales del ser humano son aquellas que lo acompañan desde la cuna hasta la tumba. Algunas son esenciales; otras son menos necesarias.

El hambre, la sed, las inclemencias del tiempo, el cansancio, la enfermedad y la ignorancia generan en el ser humano la necesidad de comer, beber, vestirse, alojarse, calentarse, refrescarse, descansar, recibir atención médica y educarse. Tantas necesidades.

Los alimentos, las bebidas, la ropa, los refugios, la leña, el carbón, el agua, una cama, los medicamentos, la enseñanza de un maestro, los libros —todos estos son bienes destinados a atender esas necesidades.

Unir los bienes con las necesidades: ese es el objetivo, el fin de la vida económica.

Cuando hace esto, la vida económica alcanza su fin. Si no lo hace, o lo hace mal o de manera incompleta, la vida económica no alcanza su fin o solo lo hace de manera muy imperfecta.

Unir los bienes con las necesidades. Unirlos. No solo colocarlos unos frente a otros.

En términos claros, puede decirse que la economía es buena, que alcanza su fin, cuando está lo suficientemente bien ordenada como para que el alimento llegue al estómago que tiene hambre; para que la ropa cubra los hombros que tienen frío; para que los zapatos calcen los pies descalzos; para que un buen fuego

caliente la casa en invierno; para que los enfermos reciban la visita del médico; para que maestros y alumnos se encuentren.

Moral y economía

Aunque la economía solo es responsable de la satisfacción de las necesidades temporales de las personas, la importancia de un buen orden económico ha sido subrayada en numerosas ocasiones por quienes tienen la responsabilidad pastoral. Esto se debe a que, normalmente, se requiere un mínimo de bienes temporales para facilitar la práctica de la virtud, como recuerda santo Tomás de Aquino. Tenemos un cuerpo y un alma, necesidades materiales y necesidades espirituales. Como dice el proverbio, «vientre hambriento no tiene oídos»; incluso los misioneros en países pobres deben tener en cuenta este hecho y alimentar a los hambrientos antes de predicarles la Buena Nueva. El ser humano necesita un mínimo de bienes materiales para cumplir su breve peregrinación en la tierra y salvar su alma, pero la falta de dinero puede provocar situaciones inhumanas y catastróficas.

Esto llevó al papa Benedicto XV a escribir que «es en el terreno económico donde está en peligro la salvación de las almas».



El sistema financiero actual no es el reflejo exacto de la realidad.

► Y Pío XI afirmó: «**Es exacto decir que tales son, en la actualidad, las condiciones de la vida económica y social, que un número muy considerable de personas encuentra en ellas las mayores dificultades para realizar la obra, única necesaria, de su salvación**» (encíclica *Quadragesimo anno*).

Es el mismo Papa quien, en la misma encíclica, resume en esta frase el fin social y verdaderamente humano del orden económico: «El orden económico y social estará sólidamente constituido y alcanzará su fin únicamente cuando procure a todos y a cada uno de sus miembros todos los bienes que los recursos de la naturaleza y de la industria, así como la organización verdaderamente social de la vida económica, están en condiciones de proporcionarles».

TODOS y CADA UNO. TODOS los bienes que pueden proporcionar la naturaleza y la industria.

El fin de la economía es, por lo tanto, la satisfacción de las necesidades de TODOS los consumidores. El fin está en la consumación, la producción no es más que un medio.

Detener la economía en la producción es mutilarla. La economía no debe financiar únicamente la producción; debe financiar también la consumación. La producción es el medio, la consumación es el fin.

Una economía verdaderamente humana es social, como hemos dicho: debe satisfacer a TODAS las personas. Por lo tanto, es necesario que todos los seres humanos, TODOS y CADA UNO, puedan hacer sus pedidos a la producción, al menos hasta la satisfacción de sus necesidades esenciales, siempre que la producción esté en condiciones de responder a esos pedidos

La política de una filosofía

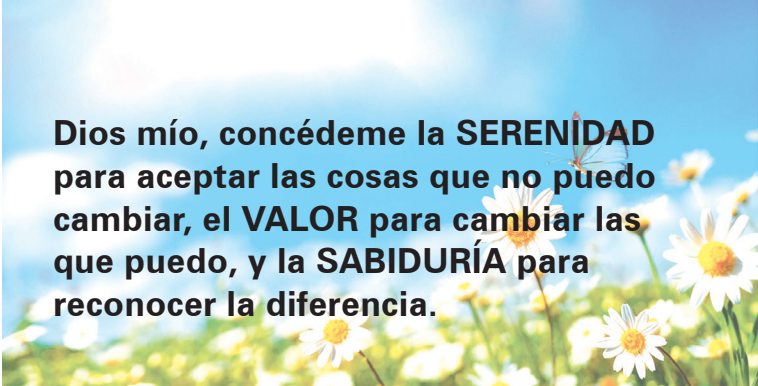
La democracia económica no es una utopía, sino que se basa en una comprensión justa de la realidad, en la relación correcta entre el ser humano y la sociedad en la que vive. Como declaró Clifford Hugh Douglas, el Crédito Social es la política de una filosofía.

Una política es el conjunto de acciones que emprendemos para alcanzar un objetivo, y esa política —esos actos— se basa en una concepción de la realidad o, en otras palabras, en una filosofía.

El Crédito Social proclama una filosofía que existe desde que los seres humanos viven en sociedad, pero que hoy en día es gravemente ignorada en la práctica, más que nunca.

Esta filosofía, tan antigua como la sociedad y, por lo tanto, tan antigua como el género humano, es la filosofía de la asociación. La doctrina social de la Iglesia utiliza el término bien común.

La filosofía de la asociación es, por lo tanto, la asociación para el bien de los asociados, de todos los asociados, de cada asociado. El Crédito Social es la filosofía de la asociación aplicada a la sociedad en general, a la provincia, a la nación. La sociedad existe para el



Dios mío, concédeme la SERENIDAD para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el VALOR para cambiar las que puedo, y la SABIDURÍA para reconocer la diferencia.

El dinero es un sistema creado por el ser humano, y no por Dios; por lo tanto, puede ser cambiado por el ser humano.

beneficio de todos los miembros de la sociedad, de todos y de cada uno.

La democracia económica es la doctrina de una sociedad en beneficio de todos los ciudadanos. Por eso, la democracia económica es, por definición, lo opuesto a todo monopolio: monopolio económico, monopolio político, monopolio del prestigio, monopolio de la fuerza bruta.

El objetivo de la democracia económica es «vincular con la realidad» o «expresar en términos prácticos», en el mundo actual —especialmente en el ámbito de la política y de la economía—, aquellas creencias sobre la naturaleza de Dios, del ser humano y del universo que constituyen la fe cristiana: la fe transmitida por nuestros antepasados, y no aquella que ha sido modificada y tergiversada para adaptarse a la política o a la economía de hoy.

Leyes de Dios y leyes humanas

El ser humano vive en sociedad, en un mundo sometido a las leyes de Dios: las leyes de la naturaleza (las leyes físicas de la creación) y la ley moral dada por Dios e inscrita en el corazón de cada persona (los Diez Mandamientos). El conocimiento y la aceptación de estas leyes implican reconocer cuáles son las consecuencias cuando se las infringe.

Aceptar las leyes de la naturaleza significa reconocer una realidad de la que no podemos escapar, y que toda persona, ya sea como individuo o colectivamente en sociedad, está sujeta a esas mismas leyes de la naturaleza. Cada acontecimiento que ocurre en el plano físico es una prueba de la existencia de las leyes físicas que rigen el universo. Por ejemplo, si un hombre salta de un avión en pleno vuelo, no infringe la ley de la gravedad... simplemente demuestra su existencia. Esta observación se aplica a todas las leyes.

Estas leyes de la naturaleza, creadas por Dios, no pueden ser abolidas por el ser humano; no se puede desobedecerlas ni eludir las sanciones que conlleva su violación.

Las cadenas que los individuos en sociedad se han forjado a sí mismos (acuerdos, asociaciones, leyes creadas por el ser humano) son facultativas, opcionales, mientras que no se puede escapar a las leyes de la naturaleza ni a sus consecuencias

Por ejemplo, el dinero es un sistema creado por el ser humano, y no un sistema creado por Dios o por la naturaleza; por lo tanto, puede ser modificado por el ser humano. En cambio, el equilibrio que existe en la creación de todos los seres vivos, lo que se denomina «medio ambiente», no puede ser violado sin consecuencias. Si producimos bienes sin respetar el medio ambiente, si contaminamos el planeta y desperdiciamos los recursos que Dios nos ha dado, inevitablemente debemos asumir las consecuencias.

El Crédito Social: la confianza que permite vivir juntos en sociedad

En su folleto ¿Qué es el Crédito Social?, Geoffrey Dobbs escribe:

«El término “crédito social” (sin mayúsculas) designa algo que existe en todas las sociedades, pero a lo que nunca se le había dado un nombre, porque se daba por sentado. Solo tomamos conciencia de la existencia del “crédito social”, del crédito de la sociedad, cuando la perdemos.



Geoffrey Dobbs

«La palabra “crédito” es sinónima de fe o de confianza; por lo tanto, podemos decir que el crédito es la fe o la confianza que mantiene unidos a los miembros de una sociedad: la confianza o la creencia mutua de cada miembro de la sociedad en los demás, sin la cual es el miedo, y no la confianza, lo que mantiene cohesionada a esa sociedad... Aunque ninguna sociedad puede existir sin cierto tipo de crédito social, ese crédito social, o confianza en la vida en sociedad, alcanza su máximo cuando se practica la religión cristiana, y alcanza su mínimo cuando se niega el cristianismo o se lo ridiculiza.

«El crédito social es, por lo tanto, un resultado, o una expresión en términos concretos, del verdadero cristianismo en la sociedad, uno de sus frutos más reconocibles; y el objetivo y la línea de acción de los creditistas es aumentar ese crédito social y esforzarse por impedir su deterioro. Existen miles de ejemplos de ese crédito social que se da por sentado en la vida cotidiana. ¿Cómo podríamos vivir mínimamente en paz si no pudiéramos confiar en nuestros vecinos? ¿Cómo podríamos utilizar las carreteras si no confiáramos en que los demás automovilistas respetan el Código de Tránsito? (¡Y qué sucede cuando no lo hacen!)

«¿De qué serviría cultivar frutas o verduras en jardines o en granjas si otras personas vinieran a robárselas? ¿Cómo podría existir cualquier actividad económica —ya sea producir, vender o comprar— si, en general, las personas no pueden contar con la honestidad y con transacciones justas? ¿Y qué ocurre cuando se abandona el concepto de matrimonio cristiano, de familia cristiana y de educación cristiana de los hijos?

Nos damos cuenta, entonces, de que el cristianismo es algo real, con consecuencias prácticas sumamente vitales, y que de ninguna manera el cristianismo se limita a un conjunto de opiniones que pueden ser elegidas por quienes se sienten interesados en ellas».

En el párrafo 32 de su encíclica *Caritas in veritate*, publicada en julio de 2009, el papa Benedicto XVI designaba esta misma confianza que mantiene unidos a los miembros de la sociedad con las palabras «capital social»: **«es decir, ese conjunto de relaciones de confianza, de fiabilidad y de respeto de las normas, indispensables para toda convivencia civil... Esto exige una reflexión nueva y profunda sobre el sentido de la economía y de sus finalidades».**

Puede añadirse que, sin este respeto del crédito social, de las leyes que rigen la sociedad, toda vida en sociedad se volvería entonces imposible, incluso colocando un gendarme o un policía en cada esquina, ya que no se podría confiar en nadie

El “descrédito” social

El señor Dobbs continúa: «Así como existen creditistas —conscientes de serlo o sin saberlo— que intentan construir el crédito social (la confianza en la vida en sociedad), también existen otras personas que intentan destruir ese crédito social, esa confianza en la vida en sociedad, y que, lamentablemente, tienen mucho éxito en esa destrucción. Entre quienes destruyen de manera consciente se puede contar a los comunistas y a otros revolucionarios, que buscan abiertamente destruir todos los vínculos de confianza que permiten que nuestra sociedad funcione, con el fin de acelerar el día de la revolución... Pero también están quienes destruyen inconscientemente el crédito social y que son responsables, en Occidente, de los éxitos de quienes lo destruyen de manera consciente...

«Llego así, finalmente, a la cuestión del dinero. Algunas personas piensan que el Crédito Social se reduce a una cuestión de dinero. ¡Se equivocan! El Crédito Social no es, ante todo, una cuestión de dinero, sino esencialmente un intento de aplicar el cristianismo a las cuestiones sociales, a la vida en sociedad; y si el sistema monetario es un obstáculo para una vida más cristiana (y efectivamente lo es), entonces nosotros, y todo cristiano, debemos preocuparnos por cuál es la naturaleza del dinero y por qué el dinero constituye un obstáculo.

«Existe una necesidad urgente de que más personas examinen más de cerca el funcionamiento del sistema monetario actual, aunque no se le pida a todo el mundo que sea experto en la materia. Pero cuando las consecuencias del sistema monetario actual son tan abominables, todos deben al menos comprender las grandes líneas de lo que no funciona y de lo que debe ser corregido, a fin de poder actuar en consecuencia». ♦

Alain Pilote

Un dividendo nacional para todos

Para comprar la producción de la máquina y quitar la preocupación por el mañana



X 350 =



¡Hoy, una pala mecánica puede reemplazar a 350 trabajadores!

por Louis Even

Todos hemos visto una pala mecánica en funcionamiento, ya sea cavando un agujero en la tierra o haciendo trabajos de carretera. Con la potencia y la velocidad que

posee la pala, cava los suelos más duros y llena los camiones alineados para recibir su trabajo.

¿Alguna vez se detuvo a considerar que una pala mecánica hace, en un día, el trabajo de 35 hombres durante diez horas al día? Todo lo que se necesita es una pala mecánica, un operador y un puñado de camiones para hacer el trabajo de 350 hombres. ¿Alguna vez se ha preguntado qué pasa con los 346 hombres sobrantes?

Al visitar una mina o una cantera, uno verá taladros de aire impulsados por un solo hombre que realiza el trabajo de veinte hombres utilizando picos. ¿Qué destino le espera a los 19 hombres que ya no se necesitan para ese trabajo?

Las grúas dominan hoy por hoy, en los puertos marítimos, en los trabajos en carreteras, en las construcciones, y en muchas otras áreas. Otra maquinaria hace el trabajo de cientos de trabajadores. ¿Qué pasa con los trabajadores reemplazados por estos métodos mecanizados?

Aquellos de ustedes lo suficientemente viejos recordarán que, cada verano, miles de trabajadores de las provincias de Quebec y Ontario iban al oeste de Canadá para cosechar. Allí encontraban los empleos y salarios necesarios, intercambiando las comodidades del hogar y de la casa por el trabajo. Nada de esto subsiste en la actualidad. Las cosechadoras combinadas que hoy se usan en granjas grandes de

granos, pueden reemplazar a 160 o más trabajadores. ¿Qué hacen estos hombres desplazados ahora?

Podríamos continuar con muchos otros ejemplos. El mundo de la producción ha cambiado en los últimos cincuenta años. La potencia mecánica se ha multiplicado por veinte. Solo en la provincia de Quebec, la electricidad, potencializada por las cascadas, produce entre siete y ocho millones de caballos de fuerza, lo que equivale a aproximadamente a 70 millones de personas. Si este poder se dividiera en partes iguales entre los habitantes de la provincia, cada hombre, mujer y niño tendría el motor equivalente a 15 hombres disponibles para atenderlos las 24 horas del día. [El Sr. Even escribió este ensayo en 1965; las cifras para 2026 serían mucho mayores.] Estas innovaciones representan un progreso y un desarrollo sorprendentes en los medios de producción, e incluso se puede esperar un mayor crecimiento en el futuro.

Desempleo

Pero la pregunta sigue siendo que si la maquinaria reemplaza a los trabajadores, ¿cómo sobrevivirán los trabajadores despedidos cuando ya no ganen un salario o sueldo?

Uno podría responder: "¿Cómo han sobrevivido en las últimas décadas?". Las recesiones repetidas han obligado a la población a gastar sus ahorros y luego pedir prestado y acumular deuda. Ya sea que estemos hablando de deudas privadas o públicas, tener deudas significa que uno depende de los ingresos de otros. Aquellos a quienes el progreso tecnológico ha privado de ingresos dependen de los ingresos de otros, o de lo contrario no sobreviven. Vivimos de los ingresos de los demás, no solo cuando mendigamos, sino también cuando hacemos productos inútiles,

ocupamos un trabajo parasitario en un negocio innecesario o trabajamos en una agencia gubernamental redundante.

¿De qué han vivido estos trabajadores desplazados? Luchamos dos guerras en menos de treinta años (la Primera y la Segunda Guerra Mundial). Las necesidades de la guerra moderna ponen a los trabajadores, desplazados por el avance tecnológico, de nuevo como fuerza laboral. Tristemente, sus trabajos producirán bienes que serán destruidos por el accionar mismo de la guerra. Cuando terminan las guerras, los trabajadores reconstruyen las ruinas y surgen empleos de las cenizas en el proceso. Pero la crisis y las recesiones surgirán de nuevo en el futuro.

Durante la iniciativa del Plan Marshall [1948-1952], el Secretario de Estado de los Estados Unidos dijo que sin el Plan Marshall para revitalizar Europa, la producción se acumularía en los Estados Unidos y que los estadounidenses eventualmente se convertirían en desempleados. El presidente Truman designó al Sr. Gray, un ex secretario del ejército, para determinar cómo, al final del Plan Marshall, Europa podría tener los medios para comprar productos estadounidenses. De lo contrario, declaró el Presidente, Estados Unidos sufriría debido a la abundante acumulación de sus propios productos.

El progreso tecnológico, que podría poner la potencia mecánica y la maquinaria al servicio de la sociedad, debería brindarles a los hombres un mejor nivel de vida y al mismo tiempo liberarlos del trabajo. El progreso y su producción abundante, garantizada por la maquinaria y los procesos mejorados, deberían evitar que los hombres teman el futuro. Si los bienes están abundantemente disponibles, y lo serán aún más en el futuro, ¿por qué deberíamos preocuparnos por el mañana?

Inseguridad

Sin embargo, a pesar de la abundante producción de hoy y el potencial del mañana para una producción aún mayor, nunca hemos tenido tantas preocupaciones sobre el futuro. La mayoría de la gente ya no posee nada. Hace cien años, las familias poseían un pedazo de tierra y podían confiar en la tierra para proporcionarles el sustento. ¿Dónde está la tierra que alguna vez tuvieron las familias? Por desgracia, el avance tecnológico ha llevado a las familias fuera del campo y las ha concentrado en áreas industrializadas.

La propiedad se ha convertido en la excepción. La propiedad está sujeta a hipotecas e impuestos. Las familias ya no poseen libremente sus propiedades.

El empleo, la única fuente de ingresos para la mayoría de las familias hoy en día, es más precario que nunca. El empleo es seguro solo en tiempos de guerra cuando la destrucción es masiva y metódica. Cuando la producción de bienes de consumo se vuelve prolífica en tiempos de paz, los trabajadores nuevamente sufren de inseguridad, y corren el riesgo de despidos y recesiones.

El gobierno se vio obligado a implementar el seguro de desempleo en Canadá [en 1940]. ¿Era necesario este programa social en el pasado cuando se necesitaban manos fuertes, picos y palas para la producción? No.

El seguro de desempleo no ofrece una seguridad genuina a la población. No llega a distribuir la abundancia amplificada hecha posible por la mecanización. Primero, se deduce una prima del cheque de pago del empleado para ingresar al fondo del Seguro de Desempleo. De hecho, esta es una manera contraria de mostrar a los trabajadores que el progreso los ha beneficiado. El seguro de desempleo es un remedio extraño para una enfermedad que no debería existir. ¿Por qué debería la abundancia crear condiciones de pobreza que requieren tratamiento?

¿Es el progreso un enemigo de la humanidad? ¿Debemos abandonar la educación y la innovación? ¿Deberíamos cerrar universidades y laboratorios?

Cambiar las reglas

No hay necesidad de eliminar el progreso tecnológico, pero debe usarse para liberar a la humanidad. Para que esto suceda, debemos cambiar las reglas de asignación y distribución para que reflejen los efectos positivos del progreso.

La distribución sigue la misma fórmula que utilizó cuando el trabajo se hacía a mano. Los productos se distribuyen a los que tienen dinero. Sin embargo, de-



Si el dinero no se distribuye efectivamente en la economía, ¿quién comprará la producción hecha por las máquinas? Si las máquinas reemplazan al trabajador asalariado, entonces las personas necesitarán un Dividendo para reemplazar el ingreso perdido. Henry Ford invitó una vez a Walter Reuther, entonces presidente de United Auto Workers Union, a su planta para ver a uno de los primeros robots en uso en la producción. Ford elogió la eficiencia del robot y comentó lo bien que reemplazaría a los trabajadores. Reuther le preguntó: "Sí, pero ¿cuántos de estos robots comprarán un auto?".?

► cimos que solo las personas con un trabajo deben recibir dinero. El progreso tiende a disminuir el número de trabajos. Si los salarios siguen siendo el único medio para adquirir productos, entonces el progreso ha reducido la capacidad para asegurar lo que se necesita.

Si los salarios son el único medio por el cual las personas y las familias pueden obtener dinero, cuantas más máquinas trabajen en lugar de los hombres, menos dinero tendrán las personas y las familias. Incluso si los salarios suben, esto no dará nada más a los que están sin trabajo. Además, los aumentos salariales causan aumentos de precios, lo que empeora aún más las cosas para quienes no reciben este aumento salarial.

Se puede decir que los trabajadores, cuyos trabajos son asumidos por las máquinas, encontrarán otros trabajos ya que las nuevas necesidades crean nuevos puestos de trabajo. Esto es más o menos cierto. Algunos pueden encontrar un trabajo adecuado; pero ¿cuántos deben satisfacerse con trabajos que no les convienen y aceptan las condiciones de trabajo que se les imponen? Otros encontrarán trabajo ocasional; el resto no encuentra ninguno. Todos deben soportar la inseguridad, y muchos sufrirán algunas pérdidas importantes. Ninguno encontrará en los avances mecanizados que reemplazaron su trabajo el grado de seguridad que debería proporcionar la abundancia moderna.

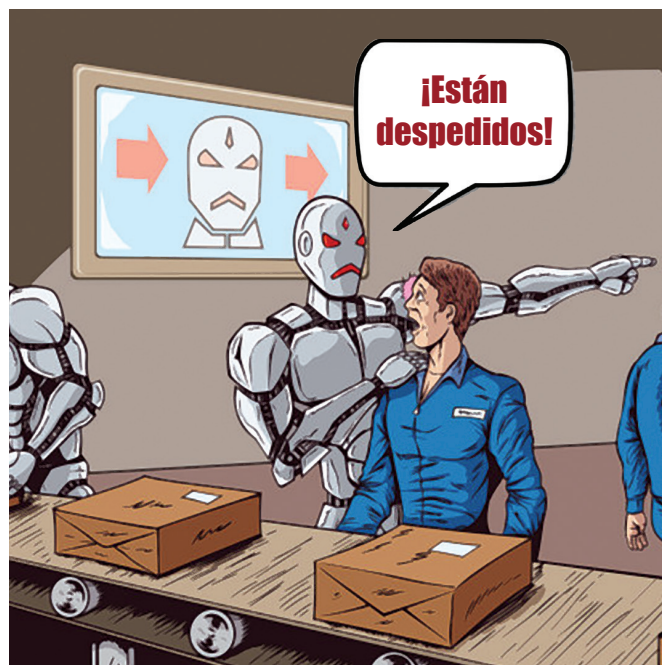
Ingreso adicional

Para que las máquinas, la ciencia y el progreso sean una bendición en lugar de una maldición, primero debemos reconocer que el progreso es el resultado de los descubrimientos científicos y culturales que se transmiten y aumentan de una generación a otra y de los cuales todos deben beneficiarse. Empleados o no. El progreso es una herencia común.

En segundo lugar, sin eliminar los salarios que son una recompensa por el trabajo realizado, debemos introducir una fuente adicional de ingresos; otro medio de obtener dinero que no esté vinculado al trabajo, sino que tenga una relación con la cantidad total de productos que producen tanto la naturaleza como la industria. Cuantas más máquinas reemplacen el trabajo de los hombres, mayor será la cantidad de esta segunda fuente de dinero, ya que se emite para comprar los frutos del progreso y no para compensar el trabajo de un individuo.

Esta segunda fuente de ingresos es lo que llamamos el Dividendo Nacional. Es un Dividendo dado a todos para comprar los productos disponibles debido a la mecanización. El Dividendo permitiría a las personas pagar los productos que los salarios son cada vez menos capaces de comprar, ya que los productos se fabrican cada vez más con maquinaria y cada vez menos con el esfuerzo de los trabajadores.

Las palabras "Crédito Social" no significan que un nuevo partido político debe asumir el poder, sino que debe usarse un nuevo método para distribuir los



abundantes bienes que resultan de las técnicas de producción modernas. Se necesita una nueva forma que no suprima la antigua, pero que se agregue a ella. El viejo método inadecuado es el salario pagado en reconocimiento del trabajo realizado. La nueva forma incluye sueldos y salarios, que son adicionales para algunos al Dividendo, que se emite para todos.

El salario debe seguir emitiéndose al trabajador, ya que es la recompensa por el esfuerzo individual. Pero el Dividendo sería dado a todos, ya que es el fruto del progreso, el bien común.

No importa lo que se diga contra, el Dividendo, es la única fórmula capaz de rectificar la situación económica debida al progreso tecnológico. También es el único medio para sortear el problema del desempleo que no debería existir mientras que algunas necesidades permanezcan insatisfechas. Al facilitar la venta de productos que de otro modo no se venderían, el Dividendo estimularía la venta de bienes de consumo que ahora se encuentran inactivos en los estantes de las tiendas mientras se acumulan nuevos productos.

El Dividendo incrementaría el poder adquisitivo total del país. Democratizaría este poder de compra al distribuirlo a todos los rincones del país, incluso a personas que no tienen trabajo.

¡Cuántos beneficios obtendría esto! Al garantizar a todos un ingreso mensual modesto, el Dividendo desterraría de las mentes de la gente la dolorosa incertidumbre de la subsistencia para el futuro. Al sumarse a los ingresos de la familia, el Dividendo nos permitiría rechazar los programas estatales como Medicare, que convierten a las personas en archivos numerados, sujetos a escrutinio, a procedimientos administrativos y a la corrupción del patrocinio político. El que posee suficiente dinero no necesita todos estos programas; él puede dirigir sus propios asuntos. ❖

La tecnología, ¿aliada o enemiga del ser humano?

El reemplazo del ser humano por la máquina en la producción debería ser un enriquecimiento, liberando al hombre de preocupaciones puramente materiales y permitiéndole dedicarse a otras funciones humanas distintas de la sola función económica. Si, por el contrario, se convierte en una causa de preocupaciones y privaciones, es simplemente porque se rechaza adaptar el sistema financiero a este progreso y se quiere limitar los ingresos únicamente al empleo remunerado.

¿Es la tecnología un mal? ¿Hay que rebelarse y destruir todas las máquinas porque nos quitan nuestros empleos? No. Si el trabajo puede ser realizado por la máquina, tanto mejor: esto permitirá al ser humano dedicar su tiempo libre a otras actividades, a actividades libres, actividades de su elección. Pero esto, con la condición de que reciba un ingreso que sustituya el salario que perdió con la introducción de la máquina, del robot; de lo contrario, la máquina, que debería ser la aliada del ser humano, se convierte en su enemiga, pues lo priva de ingresos y le impide vivir.

En 1850, cuando las manufacturas apenas comenzaban a aparecer, al inicio mismo de la Revolución Industrial, el ser humano realizaba el 20 % del trabajo, el animal el 50 % y la máquina el 30 %. En 1900, el ser humano realizaba solamente el 15 % del trabajo, el animal el 30 % y la máquina el 55 %. En 1950, el ser humano hacía apenas el 6 % del trabajo, y las máquinas realizaban el resto: el 94 %. (¡Los animales fueron liberados!)

Y todavía no hemos visto nada, pues ahora estamos entrando en la era de las computadoras, de la robotización y de la inteligencia artificial, lo que muchos llaman la “cuarta revolución industrial”, que comenzó con la aparición de los transistores y del chip de silicio, o microprocesador (que puede realizar hasta un millón de operaciones por segundo). Ya existen fábricas totalmente automatizadas, como la planta de motores de la empresa Fiat en Italia, que es controlada por una veintena de robots, y la planta de automóviles de la empresa Nissan en Zama, Japón, que produce 1 300 automóviles por día con la ayuda de solo 67 personas, lo que representa más de 13 autos por día por trabajador.

En su libro titulado *El fin del trabajo*, publicado en 1995, el autor estadounidense Jeremy Rifkin cita un estudio suizo según el cual “dentro de 30 años, menos del 2 % de la mano de obra bastará para producir la

totalidad de los bienes que el mundo necesita”. Rifkin afirma que tres de cada cuatro trabajadores —desde empleados administrativos hasta cirujanos— serán eventualmente reemplazados por máquinas guiadas por computadoras.

Durante el Aspen Ideas Festival, celebrado el 27 de junio de 2025, el presidente de Ford Motor, Jim Farley, declaró que la IA (inteligencia artificial) “literalmente va a reemplazar a la mitad de los trabajadores de cuello blanco en Estados Unidos”.

Jensen Huang, director ejecutivo de Nvidia (productora de tarjetas gráficas para computadoras, pero sobre todo de los chips que alimentan los modelos de IA más potentes), declaraba, durante la Global Conference 2025 del Milken Institute: “Todos los empleos se verán afectados (por la IA), y de inmediato”.

Si no se modifica la normativa que limita la distribución de un ingreso únicamente a quienes están empleados, la sociedad se dirige directamente hacia el caos. ¡Sería simplemente absurdo y ridículo gravar al 2 % de los trabajadores para hacer vivir al 98 % de desempleados! Es absolutamente necesario contar con una fuente de ingresos no vinculada al empleo.

Pero entonces, si el ser humano no está empleado en un trabajo asalariado, ¿qué hará con su tiempo libre? Lo dedicará a realizar actividades libres, actividades de su elección. Es precisamente en su tiempo libre cuando el ser humano puede desarrollar verdaderamente su personalidad, desarrollar los talentos que Dios le ha dado y utilizarlos de manera adecuada.

Además, es durante su tiempo libre cuando el hombre y la mujer pueden ocuparse de sus deberes familiares, religiosos y sociales: criar a su familia, practicar su religión (conocer, amar y servir a Dios), ayudar a su prójimo.

Estar liberado de la necesidad de trabajar para producir los bienes esenciales para la vida no significa de ningún modo pereza. Significa simplemente que el individuo se encuentra entonces en posición de elegir la actividad que le interesa. Bajo un sistema de Crédito Social, habrá una floración de actividades creativas. Por ejemplo, las grandes invenciones y las mayores obras maestras del arte fueron realizadas en tiempos libres. ❖

Alain Pilote

Exhortación apostólica *Dilexi te* sobre el amor hacia los pobres



El 4 de octubre de 2025, en la fiesta de san Francisco de Asís, el papa León XIV firmó Dilexi te en presencia de monseñor Edgar Peña Parra, sustituto de la Secretaría de Estado del Vaticano. .

El 9 de octubre de 2025, el Vaticano hizo pública la exhortación apostólica *Dilexi te* (Te he amado, Apocalipsis 3, 9) sobre el amor hacia los pobres, primer documento importante del papa León XIV. La redacción de este documento había comenzado durante los últimos meses del pontificado del papa Francisco, como continuación de su carta encíclica *Dilexit nos* (Nos amó) sobre el Sagrado Corazón de Jesús. León XIV escribe, al inicio mismo de esta nueva exhortación:

«Habiendo recibido como herencia este proyecto, me alegra hacerlo mío —añadiendo algunas reflexiones— y proponerlo al comienzo de mi pontificado, compartiendo el deseo de mi amado predecesor de que todos los cristianos puedan percibir la fuerte conexión que existe entre el amor de Cristo y su llamada a acercarnos a los pobres.»

Fue el amor a los pobres lo que motivó a Louis Even a emprender su gran obra por la liberación financiera de los pueblos. Por ejemplo, el abad Édouard Lavergne, párroco fundador de la parroquia Notre-Dame de Grâce de Quebec en 1924, convertido en un ardiente defensor de la Democracia Económica de Douglas, había declarado a Louis Even:

«Lo que aprecio del Crédito Social es que su

aplicación, con su dividendo para todos, haría sobre todo un gran bien a los pobres».

Esto es ciertamente verdad. Y también se pueden citar estas palabras de san Pablo VI, tomadas de su carta encíclica *Populorum progressio* sobre el desarrollo de los pueblos, en 1967, que reflejan bien el objetivo de la revista *San Miguel*:

«Más que nadie, el que está animado de una verdadera caridad es ingenioso para descubrir las causas de la miseria, para encontrar los medios de combatirla, para vencerla con intrepidez.»

He aquí, pues, amplios extractos de esta exhortación apostólica, que merece ser meditada por todos los amigos de la causa de la revista *San Miguel*.

por León XIV

El grito de los pobres

La condición de los pobres representa un grito que, en la historia de la humanidad, interpela constantemente nuestra vida, nuestras sociedades, los sistemas políticos y económicos, y especialmente a la Iglesia. En el rostro herido de los pobres encontramos impreso el sufrimiento de los inocentes y, por tanto, el mismo sufrimiento de Cristo. Al mismo tiempo, deberíamos hablar quizás más correctamente de los numerosos rostros de los pobres y de la pobreza, porque se trata de un fenómeno variado; en efecto, **existen muchas formas de pobreza**: aquella de los que no tienen medios de sustento material, la pobreza del que está marginado socialmente y no tiene instrumentos para dar voz a su dignidad y a sus capacidades, la pobreza moral y espiritual, la pobreza cultural, la del que se encuentra en una condición de debilidad o fragilidad personal o social, la pobreza del que no tiene derechos, ni espacio, ni libertad.

En este sentido, se puede decir que el compromiso en favor de los pobres y con el fin de remover las causas sociales y estructurales de la pobreza, aun siendo importante en los últimos decenios, sigue siendo insuficiente. Esto también porque vivimos en una sociedad que a menudo privilegia algunos criterios de orientación de la existencia y de la política marcados por numerosas desigualdades y, por tanto, a las viejas pobreza de las que hemos tomado conciencia y que se intenta contrastar, se agregan otras nuevas, en ocasiones más sutiles y peligrosas.

Al compromiso concreto por los pobres también es necesario asociar un cambio de mentalidad que pueda incidir en la transformación cultural. En efecto, la ilusión de una felicidad que deriva de una vida acomodada mueve a muchas personas a tener una visión de la existencia basada en la acumulación de la riqueza y del éxito social a toda costa, que se ha de conseguir también en detrimento de los demás y beneficiándose de ideales sociales y sistemas políticos y económicos injustos, que favorecen a los más fuertes.

De ese modo, en un mundo donde los pobres son cada vez más numerosos, paradójicamente, también vemos crecer algunas élites de ricos, que viven en una burbuja muy confortable y lujosa, casi en otro mundo respecto a la gente común. Eso significa que todavía persiste —a veces bien enmascarada— una cultura que descarta a los demás sin advertirlo siquiera y tolera con indiferencia que millones de personas mueran de hambre o sobrevivan en condiciones indignas del ser humano.

No debemos bajar la guardia respecto a la pobreza. Nos preocupan particularmente las graves condiciones en las que se encuentran muchísimas personas a causa de la falta de comida y de agua. Cada día mueren varios miles de personas por causas vinculadas a la malnutrición. En los países ricos las cifras relativas al número de pobres tampoco son menos preocupantes. En Europa hay cada vez más familias que no logran llegar a fin de mes.

En general, se percibe que han aumentado las distintas manifestaciones de la pobreza. Esta ya no se configura como una única condición homogénea, más bien se traduce en múltiples formas de empobrecimiento económico y social, reflejando el fenómeno de las crecientes desigualdades también en contextos generalmente acomodados.

Más allá de los datos —que a veces son “interpretados” en modo tal de con-

Entonces el Rey dirá a los que están a su derecha: «Vengan, benditos de mi Padre, y tomen posesión del reino que ha sido preparado para ustedes desde el principio del mundo. Porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer; tuve sed y ustedes me dieron de beber... En verdad les digo que, cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí.»
(Mateo 25, 34-40)

vencernos que la situación de los pobres no es tan grave—, la realidad general es bastante clara: «Hay reglas económicas que resultaron eficaces para el crecimiento, pero no así para el desarrollo humano integral. Aumentó la riqueza, pero con inequidad, y así lo que ocurre es que “nacen nuevas pobreza”...»

Sin embargo, más allá de las situaciones específicas y contextuales, en un documento de la Comunidad Europea, en 1984, se afirmaba que «se entiende por personas pobres los individuos, las familias y los grupos de personas cuyos recursos (materiales, culturales y sociales) son tan escasos que no tienen acceso a las condiciones de vida mínimas aceptables en el Estado miembro en que viven».

Pero si reconocemos que todos los seres humanos tienen la misma dignidad, independientemente del lugar de nacimiento, no se deben ignorar las grandes diferencias que existen entre los países y las regiones.

Los pobres no están por casualidad o por un ciego y amargo destino. Menos aún la pobreza, para la mayor parte de ellos, es una elección. Y, sin embargo, todavía hay algunos que se atreven a afirmarlo, mostrando ceguera y crueldad. Obviamente entre los pobres hay también quien no quiere trabajar, quizás porque sus antepasados, que han trabajado toda la vida, han muerto pobres. Pero hay muchos —hombres y mujeres— que de todas maneras trabajan desde la mañana hasta la noche, a veces recogiendo cartones o haciendo otras actividades de ese tipo, aunque este esfuerzo sólo les sirva para sobrevivir y nunca para mejorar verdaderamente su vida. No podemos decir que la mayor parte de los pobres lo son porque no hayan obtenido “méritos”, según esa falsa visión de la meritocracia en la que parecería que sólo tienen méritos aquellos que han tenido éxito en la vida. ►





► Los Padres de la Iglesia y los pobres

Entre los Padres orientales, quizá el predicador más ardiente de la justicia social sea san Juan Crisóstomo, arzobispo de Constantinopla entre los siglos IV y V. En sus homilías, exhortaba a los fieles a reconocer a Cristo en los necesitados: **«¿Quieres honrar el Cuerpo de Cristo? No permitas que sea despreciado en sus miembros, es decir, en los pobres que no tienen qué vestir, ni lo honres aquí en el templo con vestiduras de seda, mientras fuera lo abandonas al frío y a la desnudez [...]. En el templo, el Cuerpo de Cristo no necesita mantos, sino almas puras; pero en la persona de los pobres, Él necesita todo nuestro cuidado. Aprendamos, pues, a reflexionar y a honrar a Cristo como Él quiere. Cuando queremos honrar a alguien, debemos prestarle el honor que él prefiere y no el que más nos gusta [...]. Así también tú debes prestarle el honor que Él mismo ha ordenado, distribuyendo tus riquezas entre los pobres. Dios no necesita vasos de oro, sino almas de oro».**

Para Agustín, el pobre no es sólo alguien a quien se ayuda, sino la presencia sacramental del Señor. El Doctor de la Gracia veía en el cuidado a los pobres una prueba concreta de la sinceridad de la fe. Quien dice amar a Dios y no se compadece de los necesitados, miente (cf. 1 Jn 4,20). Al comentar el encuentro de Jesús con el joven rico y el «tesoro en el cielo» que está reservado a quienes dan sus bienes a los pobres (cf. Mt 19,21), Agustín pone en boca del Señor las siguientes palabras: **«Recibí tierra y daré el cielo. Recibí cosas temporales y daré a cambio bienes eternos. Recibí pan, daré la vida».**

La enseñanza reciente de la Iglesia

En la constitución pastoral *Gaudium et spes*, actualizando la herencia de los Padres de la Iglesia, el Concilio afirmó con fuerza el destino universal de los bienes de la tierra y la función social de la propiedad que deriva de ello: **«Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos. En consecuencia, los bienes creados**

¿Los menos dotados no son personas humanas? Los débiles no tienen nuestra misma dignidad? ¿Los que nacieron con menos posibilidades valen menos como seres humanos, y sólo eben limitarse a sobrevivir?

deben llegar a todos [...]. Por tanto, el hombre, al usarlos, no debe tener las cosas exteriores que legítimamente posee como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás. Por lo demás, el derecho a poseer una parte de bienes suficiente para sí mismos y para sus familias es un derecho que a todos corresponde. [...] Quien se halla en situación de necesidad extrema tiene derecho a tomar de la riqueza ajena lo necesario para sí. [...] La misma propiedad privada tiene también, por su misma naturaleza, una índole social, cuyo fundamento reside en el destino común de los bienes. Cuando esta índole social es descuidada, la propiedad muchas veces se convierte en ocasión de ambiciones y graves desórdenes». Esta convicción fue impulsada nuevamente por san Pablo VI en la encíclica *Populorum progressio*, donde leemos que nadie puede considerarse autorizado a **«reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad cuando a los demás les falta lo necesario».**

Con san Juan Pablo II se consolida, al menos en el ámbito doctrinal, la relación preferencial de la Iglesia con los pobres. Su magisterio ha reconocido, en efecto, que la opción por los pobres es una «forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia». En la encíclica *Sollicitudo rei socialis* escribe también que hoy, vista la dimensión mundial que ha adquirido la cuestión social, «este amor preferencial, con las decisiones que nos inspira, no puede dejar de abarcar a las inmensas muchedumbres de hambrientos, mendigos, sin techo, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor: no se puede olvidar la existencia de esta realidad. Ignorarlo significaría parecernos al «rico epulón» que fingía no conocer al mendigo Lázaro, postrado a su puerta (cf. Lc 16,19-31)».

Frente a las múltiples crisis que han caracterizado el comienzo del tercer milenio, la lectura de Benedicto XVI se hace más marcadamente política. Así, en la carta encíclica *Caritas in veritate* afirma que «se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que responda tam-

bién a sus necesidades reales». Además, observa que **«el hambre no depende tanto de la escasez material, cuanto de la insuficiencia de recursos sociales, el más importante de los cuales es de tipo institucional**. Es decir, falta un sistema de instituciones económicas capaces, tanto de asegurar que se tenga acceso al agua y a la comida de manera regular y adecuada desde el punto de vista nutricional, como de afrontar las exigencias relacionadas con las necesidades primarias y con las emergencias de crisis alimentarias reales, provocadas por causas naturales o por la irresponsabilidad política nacional e internacional»

Por lo tanto, es preciso seguir denunciando la “dictadura de una economía que mata” y reconocer que «mientras las ganancias de unos pocos crecen exponencialmente, las de la mayoría se quedan cada vez más lejos del bienestar de esa minoría feliz. **Este desequilibrio proviene de ideologías que defienden la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera. De ahí que nieguen el derecho de control de los Estados, encargados de velar por el bien común. Se insta una nueva tiranía invisible, a veces virtual, que impone, de forma unilateral e implacable, sus leyes y sus reglas**». (Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013.)

Aunque no faltan diferentes teorías que intentan justificar el estado actual de las cosas, o explicar que la racionalidad económica nos exige que esperemos a que las fuerzas invisibles del mercado resuelvan todo, la dignidad de cada persona humana debe ser respetada ahora, no mañana, y la situación de miseria de muchas personas a quienes esta dignidad se niega debe ser una llamada constante para nuestra conciencia.

En la encíclica *Dilexit nos*, el Papa Francisco ha recordado cómo el pecado social toma la forma de “estructura de pecado” en la sociedad, que «muchas veces [...] se inserta en una mentalidad dominante que considera normal o racional lo que no es más que egoísmo e indiferencia. Este fenómeno se puede definir “alienación social”».

Se vuelve normal ignorar a los pobres y vivir como si no existieran. Se presenta como elección racional organizar la economía pidiendo sacrificios al pueblo, para alcanzar ciertos objetivos que interesan a los poderosos; mientras que a los pobres sólo les quedan promesas de “gotas” que caerán, hasta que una nueva crisis global los lleve de regreso a la situación anterior.

Es una auténtica alienación aquella que lleva sólo a encontrar excusas teóricas y no a tratar de resolver hoy los problemas concretos de los que sufren. Lo decía ya san Juan Pablo II: «Está alienada una sociedad que, en sus formas de organización social, de producción y consumo, hace más difícil la

realización de esta donación y la formación de esa solidaridad interhumana». (S. Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 1 mayo 1991, 41.)

Es urgente abordar las causas estructurales de la pobreza

Debemos comprometernos cada vez más para resolver las causas estructurales de la pobreza. Es una urgencia que «no puede esperar, no sólo por una exigencia pragmática de obtener resultados y de ordenar la sociedad, sino para sanarla de una enfermedad que la vuelve frágil e indigna y que sólo podrá llevarla a nuevas crisis. Los planes asistenciales, que atienden ciertas urgencias, sólo deberían pensarse como respuestas pasajeras». (Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, (202.) La falta de equidad «es raíz de los males sociales» (*Ibid*).

Resulta que « en el vigente modelo “exitista” y “privatista” no parece tener sentido invertir para que los lentos, débiles o menos dotados puedan abrirse camino en la vida» (*Ibid*, 209). La pregunta recurrente es siempre la misma: **¿Los menos dotados no son personas humanas? ¿Los débiles no tienen nuestra misma dignidad? ¿Los que nacieron con menos posibilidades valen menos como seres humanos, y sólo deben limitarse a sobrevivir?**

De nuestra respuesta a estos interrogantes depende el valor de nuestras sociedades y también nuestro futuro. O reconquistamos nuestra dignidad moral y espiritual, o caemos como en un pozo de suciedad. Si no nos detenemos a tomar las cosas en serio continuaremos así, de manera explícita o disimulada, legitimando «el modelo distributivo actual, donde una minoría se cree con el derecho de consumir en una proporción que sería imposible generalizar, porque el planeta no podría ni siquiera contener los residuos de semejante consumo» (Carta enc. *Laudato si'*, 50).

Por consiguiente, es responsabilidad de todos los miembros del pueblo de Dios hacer oír, de diferentes maneras, una voz que despierte, que denuncie y que se exponga, aun a costo de parecer “estúpidos”. **Las estructuras de injusticia deben ser reconocidas y destruidas con la fuerza del bien, a través de un cambio de mentalidad, pero también con la ayuda de las ciencias y la técnica, mediante el desarrollo de políticas eficaces en la transformación de la sociedad.**

Siempre debe recordarse que la propuesta del Evangelio no es sólo la de una relación individual e íntima con el Señor. La propuesta es más amplia: «es el Reino de Dios (cf. Lc 4,43); se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad

Las estructuras de injusticia deben ser reconocidas y destruidas con la fuerza del bien, a través de un cambio de mentalidad, pero también con la ayuda de las ciencias y la técnica, mediante el desarrollo de políticas eficaces en la transformación de la sociedad.



para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales. Buscamos su Reino»

He decidido recordar esta bimilenaria historia de atención eclesial a los pobres y con los pobres para mostrar que ésta forma parte esencial del camino ininterrumpido de la Iglesia. El cuidado de los pobres forma parte de la gran Tradición de la Iglesia, como un faro de luz que, desde el Evangelio, ha iluminado los corazones y los pasos de los cristianos de todos los tiempos. Por tanto, debemos sentir la urgencia de invitar a todos a sumergirse en este río de luz y de vida que proviene del reconocimiento de Cristo en el rostro de los necesitados y de los que sufren. El amor a los pobres es un elemento esencial de la historia de Dios con nosotros y, desde el corazón de la Iglesia, prorrumpe como una llamada continua en los corazones de los creyentes, tanto en las comunidades como en cada uno de los fieles.

La Iglesia, en cuanto Cuerpo de Cristo, siente como su propia “carne” la vida de los pobres, que son parte privilegiada del pueblo que va en camino. Por esta razón, el amor a los que son pobres —en cualquier modo en que se manifieste dicha pobreza— es la garantía evangélica de una Iglesia fiel al corazón de Dios. De hecho, cada renovación eclesial ha tenido siempre como prioridad la atención preferencial por los pobres, que se diferencia, tanto en las motivaciones como en el estilo, de las actividades de cualquier otra organización humanitaria.

A veces se percibe en algunos movimientos o grupos cristianos la carencia o incluso la ausencia del compromiso por el bien común de la sociedad y, en particular, por la defensa y la promoción de los más débiles y desfavorecidos. **A este respecto, es necesario recordar que la religión, especialmente la cristiana, no puede limitarse al ámbito privado, como si los fieles no tuvieran que preocuparse también de los problemas relativos a la sociedad civil y de los acontecimientos que afectan a los ciudadanos.** (*Evangelii gaudium*, 182-183).

En realidad, «cualquier comunidad de la Iglesia,

en la medida en que pretenda subsistir tranquila sin ocuparse creativamente y cooperar con eficiencia para que los pobres vivan con dignidad y para incluir a todos, también correrá el riesgo de la disolución, aunque hable de temas sociales o critique a los gobiernos. Fácilmente terminará sumida en la mundanidad espiritual, disimulada con prácticas religiosas, con reuniones infecundas o con discursos vacíos» (*Ibid*, 207).

La limosna

Es bueno dedicar una última palabra a la limosna, que hoy no goza de buena fama, a menudo incluso entre los creyentes. No sólo no se practica, sino que además se desprecia... Hay que alimentar el amor y las convicciones más profundas, y eso se hace con gestos. Permanecer en el mundo de las ideas y las discusiones, sin gestos personales, asiduos y sinceros, sería la perdición de nuestros sueños más preciados.

Por esta sencilla razón, como cristianos, no renunciamos a la limosna. Es un gesto que se puede hacer de diferentes formas, y que podemos intentar hacer de la manera más eficaz, pero es preciso hacerlo. Y siempre será mejor hacer algo que no hacer nada. En todo caso nos llegará al corazón. No será la solución a la pobreza mundial, que hay que buscar con inteligencia, tenacidad y compromiso social. Pero necesitamos practicar la limosna para tocar la carne sufriente de los pobres.

Ya sea a través del trabajo que ustedes realizan, o de su compromiso por cambiar las estructuras sociales injustas, o por medio de esos gestos sencillos de ayuda, muy cercanos y personales, será posible para aquel pobre sentir que las palabras de Jesús son para él: «Yo te he amado» (Ap 3,9).

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 4 de octubre, memoria de san Francisco de Asís, del año 2025, primero de mi Pontificado. ❖

LEÓN PP. XIV



¿Por qué una fiesta de Cristo Rey?

Para combatir la peste del laicismo, dice Pío XI

Hace exactamente 100 años fue instituida en la Iglesia católica la fiesta de Cristo Rey, por el papa Pío XI, mediante su carta encíclica Quas Primas, fechada el 11 de diciembre de 1925. Originalmente, esta fiesta se celebraba el último domingo de octubre (es decir, el domingo que precedía a la solemnidad de Todos los Santos); desde la reforma litúrgica de 1969, los católicos la celebran el último domingo del año litúrgico, es decir, hacia fines del mes de noviembre, con el nombre de la fiesta de Cristo Rey del Universo.

Para comprender el sentido de esta fiesta, en una época en la que los Estados reivindican la laicidad, es necesario releer esta encíclica de Pío XI. A continuación se presentan amplios extractos de la misma:

En la primera encíclica (*Ubi arcano*, 23 de diciembre de 1922), que al comenzar nuestro Pontificado enviábamos a todos los obispos del orbe católico, analizábamos las causas supremas de las calamidades que veíamos abrumar y afligir al género humano. Y en ella proclamamos Nos claramente no sólo que este cúmulo de males había invadido la tierra, porque la mayoría de los hombres se habían alejado de Jesucristo y de su ley santísima, así en su vida y costumbres como en la familia y en la gobernación del Estado, sino también que nunca resplandecería una esperanza cierta de paz verdadera entre los pueblos mientras los individuos y las naciones negasen y rechazasen el imperio de nuestro Salvador.

Por lo cual, no sólo exhortamos entonces a buscar la paz de Cristo en el reino de Cristo, sino que, además, prometimos que para dicho fin haríamos todo cuanto

posible nos fuese. En el reino de Cristo, dijimos: pues estábamos persuadidos de que no hay medio más eficaz para restablecer y vigorizar la paz que procurar la restauración del reinado de Jesucristo.

Ha sido costumbre muy general y antigua llamar Rey a Jesucristo, en sentido metafórico, a causa del supremo grado de excelencia que posee y que le encumbra entre todas las cosas creadas.... Mas, entrando ahora de lleno en el asunto, es evidente que también en sentido propio y estricto le pertenece a Jesucristo como hombre el título y la potestad de Rey; pues sólo en cuanto hombre se dice de El que recibió del Padre la potestad, el honor y el reino (Daniel 7, 13-14); porque como Verbo de Dios, cuya sustancia es idéntica a la del Padre, no puede menos de tener común con él lo que es propio de la divinidad y, por tanto, poseer también como el Padre el mismo imperio supremo y absolutísimo sobre todas las criaturas.

E es el mismo Cristo el que da testimonio de su realeza, pues ora en su último discurso al pueblo, al hablar del premio y de las penas reservadas perpetuamente a los justos y a los réprobos; ora al responder al gobernador romano que públicamente le preguntaba si era Rey; ora, finalmente, después de su resurrección, al encomendar a los apóstoles el encargo de enseñar y bautizar a todas las gentes, siempre y en toda ocasión oportuna se atribuyó el título de Rey (Mt 25, 31-40) y públicamente confirmó que es Rey (Jn 18, 37), y solemnemente declaró que le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra (Mt 28, 18). Con las cuales palabras, ¿qué otra cosa se significa sino la grandeza de su poder y la extensión infinita de su reino? ►

«Es necesario que reine en la voluntad, la cual ha de obedecer a las leyes y preceptos divinos. Es necesario que reine en el corazón, el cual, posponiendo los efectos naturales, ha de amar a Dios sobre todas las cosas.» – Pío XI



Un reino ante todo espiritual

Cuando los judíos, y aun los mismos apóstoles, imaginaron erróneamente que el Mesías devolvería la libertad al pueblo y restablecería el reino de Israel, Cristo les quitó y arrancó esta vana imaginación y esperanza. Asimismo, cuando iba a ser proclamado Rey por la muchedumbre, que, llena de admiración, le rodeaba, El rehusó tal título de honor huyendo y escondiéndose en la soledad. Finalmente, en presencia del gobernador romano manifestó que su reino no era de este mundo. Este reino se nos muestra en los evangelios con tales caracteres, que los hombres, para entrar en él, deben prepararse haciendo penitencia y no pueden entrar sino por la fe y el bautismo, el cual, aunque sea un rito externo, significa y produce la regeneración interior.

Este reino únicamente se opone al reino de Satanás y a la potestad de las tinieblas; y exige de sus súbditos no sólo que, despegadas sus almas de las cosas y riquezas terrenas, guarden ordenadas costumbres y tengan hambre y sed de justicia, sino también que se nieguen a sí mismos y tomen su cruz. Habiendo Cristo, como Redentor, rescatado a la Iglesia con su Sangre y ofreciéndose a sí mismo, como Sacerdote y como Víctima, por los pecados del mundo, ofrecimiento que se renueva cada día perpetuamente, ¿quién no ve que la dignidad real del Salvador se reviste y participa de la naturaleza espiritual de ambos oficios?

Por otra parte, erraría gravemente el que negase a Cristo-Hombre el poder sobre todas las cosas humanas y temporales, puesto que el Padre le confirió un derecho absolutísimo sobre las cosas creadas, de tal suerte que todas están sometidas a su arbitrio. Sin embargo de ello, mientras vivió sobre la tierra se abstuvo enteramente de ejercitar este poder, y así como entonces despreció la posesión y el cuidado de las cosas humanas, así también permitió, y sigue permitiendo, que los poseedores de ellas las utilicen.

Por tanto, a todos los hombres se extiende el dominio de nuestro Redentor... El es, en efecto, la fuente del bien público y privado. Fuera de El no hay que buscar la salvación en ningún otro; pues no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo por el cual debamos salvarnos.

El es sólo quien da la prosperidad y la felicidad verdadera, así a los individuos como a las naciones: porque la felicidad de la nación no procede de distinta fuente que la felicidad de los ciudadanos, pues la nación no es otra cosa que el conjunto concorde de ciudadanos. No se nieguen, pues, los gobernantes de las naciones a dar por sí mismos y por el pueblo públicas muestras de veneración y de obediencia al imperio de Cristo si quieren conservar incólume su autoridad y hacer la felicidad y la fortuna de su patria.

La peste del laicismo

Y si ahora mandamos que Cristo Rey sea honrado por todos los católicos del mundo, con ello proveeremos también a las necesidades de los tiempos presentes, y pondremos un remedio eficacísimo a la peste que hoy inficiona a la humana sociedad. Juzgamos peste de nuestros tiempos al llamado laicismo con sus errores y abominables intentos.

Y vosotros sabéis, venerables hermanos, que tal impiedad no maduró en un solo día, sino que se incubaba desde mucho antes en las entrañas de la sociedad. Se comenzó por negar el imperio de Cristo sobre todas las gentes; se negó a la Iglesia el derecho, fundado en el derecho del mismo Cristo, de enseñar al género humano, esto es, de dar leyes y de dirigir los pueblos para conducirlos a la eterna felicidad. Después, poco a poco, la religión cristiana fue igualada con las demás religiones falsas y rebajada indecorosamente al nivel de éstas. Se la sometió luego al poder civil y a la arbitraria permisión de los gobernantes y magistrados. Y se avanzó más: hubo algunos de éstos que imaginaron sustituir la religión de Cristo con cierta religión natural, con ciertos sentimientos puramente humanos. No faltaron Estados que creyeron poder pasarse sin Dios, y pusieron su religión en la impiedad y en el desprecio de Dios.

Los amarguísimos frutos que este alejarse de Cristo por parte de los individuos y de las naciones ha producido con tanta frecuencia y durante tanto tiempo, los hemos lamentado ya en nuestra encíclica *Ubi arcano*, y los volvemos hoy a lamentar, al ver el germen de la discordia sembrado por todas partes; encendidos entre los pueblos los odios y rivalidades que tanto retardan, todavía, el restablecimiento de la paz; las codi-

cias desenfrenadas, que con frecuencia se esconden bajo las apariencias del bien público y del amor patrio; y, brotando de todo esto, las discordias civiles, junto con un ciego y desatado egoísmo, sólo atento a sus particulares provechos y comodidades y midiéndolo todo por ellas; destruida de raíz la paz doméstica por el olvido y la relajación de los deberes familiares; rota la unión y la estabilidad de las familias; y, en fin, sacudida y empujada a la muerte la humana sociedad.

Porque si a Cristo nuestro Señor le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; si los hombres, por haber sido redimidos con su sangre, están sujetos por un nuevo título a su autoridad; si, en fin, esta potestad abraza a toda la naturaleza humana, claramente se ve que no hay en nosotros ninguna facultad que se sus- traiga a tan alta soberanía.

Es, pues, necesario que Cristo reine en la inteligencia del hombre, la cual, con perfecto acatamiento, ha de asentir firme y constantemente a las verdades reveladas y a la doctrina de Cristo; es necesario que reine en la voluntad, la cual ha de obedecer a las leyes y preceptos divinos. Es necesario que reine en el corazón, el cual, posponiendo los efectos naturales, ha de amar a Dios sobre todas las cosas, y sólo a El estar unido; es necesario que reine en el cuerpo y en sus miembros, que como instrumentos, o en frase del apóstol San Pablo, como armas de justicia para Dios[35], deben servir para la interna santificación del alma. Todo lo cual, si se propone a la meditación y profunda consideración de los fieles, no hay duda que éstos se inclinarán más fácilmente a la perfección.

PÍO PP XI

¿Laicidad o laicismo?

Es importante distinguir bien entre estos dos términos. Laicidad significa que el Estado no tiene una religión oficial, pero que tampoco prohíbe ni combate las religiones. El Estado permite que las personas vivan su fe y la expresen libremente. El laicismo, por el contrario, es hostil a toda forma de religión y pretende prohibir cualquier forma de expresión o manifestación religiosa en público, en las escuelas, etc.

Cuando se habla de la separación entre la Iglesia y el Estado, se trata de la sana distinción entre el ámbito político y el ámbito religioso, lo cual no siempre ha sido fácil de vivir a lo largo de la historia. En Francia, por ejemplo, la Revolución de 1789 prohibió toda influencia de la religión católica: fue el período del Terror; incluso se obligaba a los sacerdotes, bajo pena de muerte, a prestar juramento de obediencia al Estado en lugar de al papa de Roma. Algunos años más tarde, el emperador Bonaparte, al constatar que la religión era, pese a todo, necesaria para la estabilidad del Estado, restableció los vínculos con la Iglesia de Roma mediante el Concordato de 1801. A pesar de ello, un espíritu anticlerical continuó reinando en gran parte de la clase política francesa, y el Parlamento aprobó, en 1905, la Ley de separación de las Iglesias y el Estado.

En 2005, con ocasión del centenario de esta ley, el papa san Juan Pablo II escribió una Carta a los obispos de Francia. El cardenal Jean-Pierre Ricard, entonces presidente de la Conferencia de los Obispos Católicos de Francia, resumía así esta carta del Papa:

«Juan Pablo II distingue entre laicidad y laicismo. Este último es una actitud hostil a toda religión, que considera una humillación de la

razón y una fuente de violencia y de intolerancia... En oposición al laicismo, es importante precisar bien la justa concepción del principio de laicidad “que también pertenece —dice el Santo Padre— a la Doctrina Social de la Iglesia”. Expresa la no confesionalidad del Estado y la justa autonomía del Estado y de la Iglesia. El Estado no interviene en la vida interna de la Iglesia y, recíprocamente, la Iglesia no interviene habitualmente en el funcionamiento del Estado y de los poderes públicos, salvo cuando está en juego el respeto de los principios fundacionales de nuestra vida social. Esta autonomía no significa ignorancia mutua, sino diálogo».

En su exhortación apostólica sobre la Iglesia en Medio Oriente (14 de septiembre de 2012, n.º 29), el papa Benedicto XVI escribía:

«La sana laicidad... a sana laicidad, por el contrario, significa liberar la religión del peso de la política y enriquecer la política con las aportaciones de la religión, manteniendo la distancia necesaria, la clara distinción y la colaboración indispensable entre las dos. Ninguna sociedad puede desarrollarse sanamente sin afirmar el respeto recíproco entre la política y la religión, evitando la tentación constante de mezclarlas u oponerlas... Pues ambas dimensiones están llamadas, incluso con la necesaria distinción, a cooperar armónicamente en la búsqueda del bien común. Dicha sana laicidad garantiza que la política actúe sin instrumentalizar a la religión, y que se pueda vivir libremente la religión sin el peso de políticas dictadas por intereses, a veces poco conformes, y con frecuencia hasta contrarios a las creencias religiosas.» ❖

Tres armas poderosas contra el mal

Los Peregrinos de San Miguel son apóstoles y combatientes. Todo cristiano es un combatiente; el Catecismo de la Iglesia Católica lo dice:

«Todavía tenemos que combatir... el bautismo no libra a nadie de todas las debilidades de la naturaleza... la inclinación al pecado permanece para que los bautizados sean puestos a prueba en el combate de la vida cristiana...»

Para librar el buen combate, el Cielo nos ha dado tres armas poderosas:

- **El Rosario**
- **La humildad**
- **La Consagración a María**



Primera arma: el Rosario

(Tomado de las Revelaciones dadas a Barbara Klossowna, Vers Demain, 1982-84)

- El Rosario es el arma del bien contra el mal. e Rosaire, c'est l'arme du bien contre le mal
- El Rosario es la condición de la victoria.
- Cada misterio del Rosario tiene su poder; los quince misterios juntos son un ejército formado para el combate.
- Los santos que rezaban el Rosario se sentían unidos en un poderoso ejército contra el infierno y para la salvación de las almas.
- El Rosario es el anillo que te une al Cielo.
- El Rosario es el medio para realizar la unidad de las naciones.
- No te sorprendas de la resistencia que se hace contra el Rosario: el diablo y el mundo luchan contra él... es odiado por quienes odian a la Santísima Virgen.

- Donde está el Rosario, hay persecución, pero también hay victoria.

- El Rosario no es una carga, es un don del Cielo, un tesoro inagotable.

- El Rosario exige fidelidad y perseverancia; no seas avaro con el tiempo que le dedicas.

Segunda arma: la humildad

(Tomado del libro "A los sacerdotes, hijos predilectos de la Virgen", Don Gobbi)

- Satanás ha engañado a la humanidad por el orgullo...
- Vuelvan a la humildad, a la confianza de los pequeños... mi triunfo es el de los pequeños.
- El orgullo es vencido por la humildad...
- Estoy preparando... a aquellos que haré cada vez más pequeños, para que puedan ser llenados de la luz y del amor de Dios...
- Un día, su pequeña voz tendrá el clamor de un huracán; hará resonar en el mundo el poderoso grito: «¿Quién como Dios?» Será la derrota definitiva de los orgullosos... será mi triunfo y el de mis pequeños hijos.

Tercera arma: la Consagración a María

(Tomado del libro «Tratado de la verdadera devoción» de san Luis María Grignon de Montfort)

- La devoción a la Santísima Virgen es necesaria para todos los hombres para alcanzar su salvación... es una necesidad, particularmente en los últimos tiempos.
- María debe ser terrible para el diablo... especialmente en estas últimas persecuciones que aumentarán cada día hasta el reinado del anticristo...
- Por María comenzó la salvación del mundo... y por María debe ser consumada...

«Pondré enemistad entre ti y la mujer... Ella te aplastará la cabeza y tú pondrás acechanzas a su talón...»

San Luis María de Montfort cita este pasaje del Apocalipsis de san Juan y escribe:

«Conviene explicar aquí... "Satanás pondrá acechanzas a su talón..." su talón (el talón de la Virgen), es decir, sus "humildes esclavos", sus pobres y pequeños hijos... abatidos ante todos como el talón... estos pequeños ricos en gracias... sostenidos por la ayuda divina... que, con la humildad de su talón, en unión con María, aplastarán la cabeza del diablo y harán triunfar a Jesucristo.»

Con la gracia del Espíritu Santo, en esta práctica (la práctica de la verdadera devoción), llegarán a buen puerto... a pesar de las tempestades y los piratas...

San Luis María de Montfort describe así a los apóstoles de los últimos tiempos:

«¿Pero quiénes serán estos servidores, esclavos e hijos de María?»

- Serán un fuego ardiente... que encenderán el fuego del amor divino por todas partes...

- Flechas afiladas en la mano de María para atravesar a sus enemigos...

- Hijos de Leví (es decir, dedicados al servicio de Dios)...

- Purificados por el fuego de grandes tribulaciones...

- Que llevarán el oro del amor, el incienso de la oración y la mirra de la mortificación...

«Serán como nubes (es decir, seres sorprendentes) que, sin apegarse a nada, sin asombrarse de nada ni inquietarse por nada... difundirán la palabra de Dios... tronarán contra el pecado... rugirán contra el mundo...»

«Serán verdaderos apóstoles de los últimos tiempos... el Señor les dará la palabra y la fuerza para obrar maravillas... dormirán sin oro ni plata... sin preocupaciones... irán con la pura intención de la gloria de Dios y la salvación de las almas... allí donde el Espíritu Santo los llame...»

«Serán verdaderos discípulos de Cristo... caminando tras las huellas de su pobreza y de su humildad... el crucifijo en una mano... el rosario en la otra...»

«¿Pero cuándo y cómo sucederá esto?

Dios solo lo sabe: a nosotros nos corresponde... orar, suspirar y esperar.»

¿Quién es Barbara Klossowna?

Barbara Klossowna nació el 23 de junio de 1902, en Brzeziny, diócesis de Varsovia, en Polonia. Dotada de grandes talentos, obtuvo el bachillerato a los 15 años; también se graduó en literatura, bellas artes y música.

La vida de Barbara estuvo marcada por enormes sufrimientos:

- 1914-18, Primera Guerra Mundial: como todos los polacos, sufrió mucho hambre.

- 1920, guerra contra los bolcheviques: Barbara se hizo enfermera y cuidó a soldados heridos; el contacto con soldados tuberculosos arruinó su salud.

- 1929: contrajo tuberculosis de la columna vertebral, enfermedad que la mantuvo postrada en una cama de sufrimiento durante diecisiete años.

Los tratamientos empeoraron su estado y los médicos finalmente declararon que ya no podían hacer nada por ella.

Uno de los médicos dijo a su madre: «Cuando su hija empeore, aplíquele esta inyección, porque la

tuberculosis ha invadido las meninges y sus sufrimientos serán terribles.»

Era una propuesta de eutanasia. La madre de Barbara se negó y pidió a sor Faustina que sanara a su hija. Le anunciaron que solo le quedaban tres días de vida, pero los días pasaron y ella seguía viva. Luego, con grandes esfuerzos, Barbara comenzó a expulsar coágulos de sangre y pus. El médico, asombrado, se preguntaba cómo esos coágulos podían salir del cerebro. La tuberculosis quedó curada. Sin embargo, Barbara no podía caminar debido a su gran debilidad.

- 1944: estalla la insurrección en Polonia.

Los polacos luchan por su libertad. Comienza un terrible bombardeo; los habitantes deben refugiarse en sótanos, pero Barbara no puede moverse. Ella escribe:

«Mamá estaba arrodillada junto a mi cama. Esperábamos la muerte. Los proyectiles pasaban por encima de nuestras cabezas y los fragmentos caían sobre mis almohadas.»

Milagrosamente, un joven polaco llega y la transporta a un refugio.

Posteriormente, Barbara y su madre son enviadas por los alemanes a un campo de concentración.

- Fin de la Segunda Guerra Mundial: los soviéticos llegan a Polonia; comienzan nuevas batallas sangrientas contra las fuerzas alemanas en retirada.

Barbara estaba convencida de que había sido salvada para la glorificación de la Misericordia Divina y por la intercesión de sor Faustina:

«Que dos mujeres débiles y enfermas salieran ilesas de ese infierno, cuando tantos jóvenes llenos de fuerza murieron —dice Barbara—, es la Misericordia Divina la que nos salvó.»

El 15 de agosto de 1946, toda su familia estaba reunida en el comedor. Barbara seguía en cama, pues aún no podía caminar. Su sobrina, una niña de 14 años, entra en su habitación y grita: «¡La tía Basia camina!»

Curada gracias a la Misericordia Divina y a la intercesión de sor Faustina, Barbara presentó el relato de su curación ante el arzobispado de Varsovia, con todos los testimonios médicos.

Fue en 1951 cuando la Reina del Cielo eligió a esta alma de élite como instrumento para transmitir al mundo Sus hermosas revelaciones sobre el Rosario.

Peregrinos de San Miguel, apóstoles del Rosario, continuemos librando el buen combate y no olvidemos nuestras tres armas poderosas: el Rosario, la humildad y la Consagración a María. ❖

Lise Rodrigue-Fournier



Barbara Klossowna

FORO GLOBAL DE ECONOMÍA SOCIAL Y SOLIDARIA

Otro Engaño ya está aquí

POR JUAN CASTRO Y PAOLA SANTAMARIA

Desde 2013, la ONU se ha estado montando en las iniciativas de Economía Solidaria. Esto se refleja en sus foros mundiales cada dos años, así como en su Agenda 2030 de 17 objetivos, desarrollados también en estos foros.

Esos objetivos de la ONU parecen formidables para la economía solidaria, pero los hechos van de revés, hacia el llamado Nuevo Orden Mundial, al que se adhieren varios mandatarios de América Latina, y por supuesto la pseudo presidenta Sheinbaum con su neoliberal “Plan México”: Un gobierno de control global para despoblar el planeta; destruir la industria agropecuaria y suprimir la soberanía alimentaria; la inútil “democracia”!; el deterioro ambiental de la geoingeniería para simular una crisis climática; políticas de salud en farmacología y vacunas; falta de soberanía monetaria, más dependencia económica; ¿mayor inflación?, sí, y desempleo; una vivienda propia cada vez más lejana; desintegración familiar; confusión y adoctrinamiento de género; tecnocracia transhumanista donde las personas no importan... Y la promesa de que no poseerán nada cumplida al pie de la letra, mas nadie se ve feliz por ello. ¿Por qué no empiezan por parar todo esto y dejan a la economía solidaria en paz? Mucho ayuda el que no estorba.

En efecto, toda esta realidad faltó en el Foro Mundial de Economía Social y Solidaria (GSEF), en la hermosa ciudad de Burdeos, Francia, del 28 al 31 de octubre, cuyo lema fue “Otro mundo ya está aquí”, como si todo estuviese resuelto. No nos dicen que ese “otro mundo” se refiere al Nuevo Orden que tanto anuncian –una mezcla de lo peor del capitalismo con lo peor del socialismo.

Así que 7 eventos GSEF han bastado para pasar del “Otro mundo es posible” al “Otro mundo ya está aquí”, reuniendo a mucha gente de buena voluntad, para ser guiada por la élite capitalista de perversa voluntad que gobierna a la ONU –el llamado “Estado profundo”.

Con un discurso de izquierda y de derechos humanos, los GSEF son un distractor diseñado por dicha



élite para simular un interés en la economía solidaria, tomar las riendas y que al fin los pueblos... ino se organicen! Son un cascarrón llamativo pero vacío. Se arregla el mundo desde arriba, sin los pueblos –o sólo quien pague 300 euros–.

Toda la izquierda “woke” adherida a estos falsos objetivos, está siendo manipulada para apuntalar dicho Nuevo Orden, mientras la reacción conservadora que lo advierte, no es escuchada por ser de derecha. Se ha desdibujado todo el espectro ideológico: la derecha parece izquierda, y viceversa.

El Instituto Louis Even estuvo presente en Burdeos para constatarlo.

No obstante, entre las 5 mil almas buenas que acudieron al foro, más otro tanto que participó por internet, ya son inocultables las garras de que todo es una fachada de progresismo, que detrás están las políticas globalistas de control social.

El programa era impresionante: 13 sesiones plenarias y 169 mesas redondas sobre diferentes temas. Pero es curioso que las monedas locales no se hayan incluido en la Economía Solidaria; se les organizó su evento dos días antes, por aparte, donde no se vean.

¡Éste es el tema medular y no quieren que se toque! El financiamiento autónomo, la so-

beranía monetaria, la autogestión de los pueblos... nada de eso quieren.

En cambio, el foro propuso préstamos a pequeños negocios, cooperativas, ONGs y a las diversas luchas locales. ¡Qué originales, qué bondadosos! Más deudas con los bancos, más dependencia, más pobreza. Eso sí, les preocupa que los pagos a esas deudas deban ser a corto plazo y no puedan esperar sus supuestos beneficios sociales —que suelen ser de largo plazo, advierten.

Incluso se atreven a trastocar el tema de “democracia económica” de Clifford Douglas y Louis Even —que plantea no depender de los bancos para crear el dinero—. Y nada de construir una verdadera democracia, dando por sentado que ésta ya existe con los partidos políticos.

En esta revista insistimos en “un nuevo paradigma social más allá del capitalismo y al socialismo”. Pero ahora resulta que estos foros también se engullen ese propósito y con las mismas palabras; no para superar a la izquierda y la derecha, sino para conciliarlas en la economía solidaria... ¡y que todo siga igual! ¿Qué tiene de solidario el capitalismo?, se pregunta uno.

Así se intenta descarrilar la organización autónoma y alternativa que busca construir otro mundo posible: para ellos ese otro mundo ya está aquí, con sus bancos y sus dineros. No pueden renunciar al poder del capital, ni al poder socialista del Estado sobre los ciudadanos. ❖



La soberanía monetaria de nuestros países se ha visto profundamente limitada por la influencia de organismos internacionales (FMI, Banco Mundial...), especialmente cuando recurren a sus préstamos para enfrentar crisis económicas. Las condiciones impuestas por la élite financiera internacional — como ajustes fiscales estrictos, liberalización financiera y reformas estructurales— reducen la capacidad de los Estados para decidir de manera autónoma sus políticas monetarias y fiscales. En lugar de diseñar estrategias económicas adaptadas a sus realidades internas, los gobiernos se ven obligados a seguir lineamientos externos que, a menudo restringen su margen de maniobra para impulsar el desarrollo, proteger sectores estratégicos o responder a necesidades sociales urgentes. En este proceso, la toma de decisiones económicas se desplaza gradualmente del ámbito nacional hacia instituciones financieras internacionales, debilitando así la soberanía de los países sobre su propio rumbo económico.

Por cada dólar que fluye como ayuda a los países pobres cada año, 8 dólares se envían en pagos de la deuda.



San John Henry Newman

Nuevo doctor de la Iglesia

El 1.º de noviembre de 2025, durante una misa en la Plaza de San Pedro en el Vaticano con motivo del jubileo del mundo educativo, el papa León XIV proclamó a san John Henry (Juan Enrique) Newman (1801-1890) —sacerdote anglicano que se convirtió al catolicismo y posteriormente fue creado cardenal— 38.º doctor de la Iglesia, así como copatrono de la educación católica, junto con santo Tomás de Aquino. León XIV declaraba en su homilía:

«Entre el legado perdurable de san John Henry se encuentran, en este sentido, algunas contribuciones muy significativas a la teoría y la práctica de la educación. «Dios —escribía— me ha creado para hacerle algún servicio definido. Me ha encomendado alguna obra que no ha dado a otro. Tengo mi misión. Nunca podré conocerla en esta vida, pero me será revelada en la otra» (Meditaciones y devociones, Madrid 2007, 225). En estas palabras encontramos expresado de manera espléndida el misterio de la dignidad de cada persona humana y también el de la variedad de los dones distribuidos por Dios.

«La vida se ilumina no porque seamos ricos, bellos o poderosos. Se ilumina cuando uno descubre en su interior esta verdad: Dios me ha llamado, tengo una vocación, tengo una misión, mi vida sirve para algo más grande que yo mismo. Cada criatura tiene un papel que desempeñar. La contribución que cada uno tiene para ofrecer es de un valor único, y la tarea de las comunidades educativas es alentar y valorar esa contribución.»

V A continuación se presenta un resumen de la vida de san John Henry Newman, tal como fue publicado en la carta espiritual de diciembre de 2003 de la Abadía Saint-Joseph de Clairval, en Francia (www.clairval.com):

por Dom Antoine-Marie, osb

En una ocasión, a un pastor presbiteriano norteamericano que se había convertido en 1990 al catolicismo, le echaron en cara lo siguiente: «Usted se ha hecho católico por dinero. – No, no ha sido por dinero, replicó, sino por las riquezas». Otro pastor, que se había convertido poco tiempo después, hizo la siguiente reflexión: «Nosotros los convertidos hemos recibido riquezas que jamás sospechábamos... La angustia que hemos tenido que soportar no tiene comparación con las riquezas que hemos obtenido: la Sagrada Eucaristía, el Papa, el Magisterio, los sacramentos, María y los santos, es decir, el esplendor de Cristo reflejado en su Iglesia. Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor



Retrato de Newman exhibido en la Basílica de San Pedro durante la misa del 1.º de noviembre de 2025.

(Flp 3, 8)». A lo largo de la historia, han sido muchos los que, nacidos fuera de la verdadera Iglesia de Cristo, con el auxilio de la gracia, han conseguido hallar el camino de la plena verdad. Entre ellos, Juan Enrique Newman ocupa un lugar de privilegio.

Nacido el 21 de febrero de 1801, el joven Juan Enrique, hijo de un banquero de Londres, recibe de su madre, descendiente de protestantes franceses, una educación religiosa impregnada de calvinismo. Sus grandes prevenciones contra el catolicismo le hacen creer firmemente que el Papa es el Anticristo. Sin embargo, a la edad de quince años, momento en que comienza sus estudios en el instituto de Ealing, cerca de Londres, se produce un cambio importante en su mentalidad, gracias a una inspiración procedente del cielo. «Sentí por primera vez —escribe— la influencia de un credo determinado, y tomé conciencia de lo que significaba un dogma, impresión que, gracias a Dios, nunca se ha borrado ni oscurecido». Además, se apodera de él una idea que está en contradicción con el protestantismo, ya que se siente llamado por Dios a vivir en el celibato. Por eso, al descartar toda posibilidad de matrimonio, toma la resolución de vivir soltero y de abrazar la carrera eclesiástica en el seno de la Iglesia anglicana.

Primer vicario de Cristo

En calidad de estudiante precoz, es admitido en la Universidad de Oxford a la edad de dieciséis años. Su pasión por la lectura y su curiosidad hacia todo tipo de conocimientos le inducen a estudiar historia, lenguas orientales, poesía y matemáticas. Su gran afición por la música le mueve a distraerse tocando el violín. Su temperamento es abierto, y se entrega a todo con el mismo afán. A partir de aquella época se deja cautivar de buen grado por la meditación de las realidades invisibles, intentando con empeño hacer el bien y conocer la verdad. «El drama interior que caracterizó la larga vida de Juan Enrique Newman giró en torno al tema de la santidad y de la unión a Cristo. **Su deseo más ardiente era conocer y cumplir la voluntad de Dios**» (Juan Pablo II, discurso con motivo del centenario de la muerte de J. H. Newman, en 1990).

Esa aspiración se concretará a lo largo de su vida mediante una gran docilidad por seguir la voz de su conciencia. Él mismo escribirá: «La conciencia es una ley de nuestro espíritu, pero que va más allá de él, nos da órdenes, significa responsabilidad y deber, temor y esperanza... La conciencia es la mensajera del que, tanto en el mundo de la naturaleza como en el de la gracia, a través de un velo nos habla, nos instruye y nos gobierna. La conciencia es el primero de todos los vicarios de Cristo» (carta citada en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, CEC, 1778).

En efecto, en lo más profundo de su conciencia, el hombre descubre una ley que él no se da a sí mismo, pero a la que debe obedecer; esa voz le mueve a amar, a hacer el bien y a evitar el mal. Sin embargo, la conciencia debe ser informada y educada, a lo largo de toda la vida, a la luz de la Palabra de Dios, pero también llevando «diligente atención a la doctrina sagrada y cierta de la Iglesia. Pues por voluntad de Dios la Iglesia es maestra de la verdad» (Concilio Vaticano II, Declaración *Dignitatis Humanæ*, 14).

En 1820, el joven estudiante obtiene el grado de bachiller en artes, siendo nombrado dos años más tarde fellow (distinción concedida a la minoría selecta de los titulados de cada colegio) del colegio de Oriel, lo que, de golpe, le permite entrar en la sociedad más refinada de Oxford. En 1828, se le asigna el cargo de tutor, ocupándose a la vez de la enseñanza literaria y de la educación moral de los estudiantes. En contacto con los demás fellows, el joven Newman sufre la influencia de las ideas de su época: excesiva confianza en el mundo y en la libertad humana a despecho de cualquier freno y de cualquier ley. Él mismo escribirá: «Comenzaba a situar la superioridad intelectual por encima de la superioridad moral; iba a la deriva». Bajo la influencia positiva de un amigo, Hurrell Froude, Newman consigue desprenderse de esa funesta senda. Ordenado diácono de la Iglesia anglicana des de 1824, llega a ser muy pronto vicario de la iglesia de San Clemente de Oxford, a la espera de convertirse en párroco de Saint-Mary's, iglesia de la Universidad (1828).



Newman, joven estudiante

La Iglesia a la que pertenece se halla entonces en plena crisis. Tras aproximadamente tres siglos de persecución del catolicismo, la religión oficial de Inglaterra es indiscutida, pero en adelante languidece y carece de vida. El clero, al que sólo mueven perspectivas humanas, se afana por acumular fructuosos beneficios, sin preocuparse por dar una dirección espiritual ni por ejercer ninguna acción apostólica. Además, el culto ha perdido todo esplendor y dignidad, y la Iglesia anglicana parece más una institución ligada al Estado, del que ha recibido privilegios políticos y grandes riquezas, que la protectora de la fe religiosa que se impone a la razón y que ilumina la conciencia.

La pasión por la antigüedad

Amedida que consigue desprenderse de las ideas mundanas, Newman percibe cómo brota en él un gran sentimiento hacia los Padres de la Iglesia, esos escritores eclesiásticos de los primeros siglos que, por la santidad y ortodoxia de su doctrina, son testigos privilegiados de la Sagrada Tradición. Ya desde los quince años había descubierto a los Padres de la Iglesia a través de la obra de Joseph Milner *Historia de la Iglesia de Cristo*, libro que le había inducido cierta pasión por la antigüedad cristiana. Ahora, aquella semilla de su adolescencia crece en su alma, e intenta leer in extenso a los Padres en el texto. En el transcurso de los años siguientes, consigue formar una imponente biblioteca de obras patrísticas. Pero Juan Enrique Newman es también un apasionado por la Sagrada Escritura, como se deduce de lo que escribe a su her-

► mana Harriett: «Si os sobra algo de tiempo el domingo, aprended de memoria fragmentos de la Escritura. Creo que el beneficio es incalculable, pues impregna el alma de buenos y santos pensamientos. Es un buen recurso, además, en los momentos de soledad, en los viajes y en las noches de insomnio». La lectura asidua de la Biblia lo prepara a conocer mejor la Iglesia. Y así es, pues si seguimos la advertencia de san Agustín, «los profetas hablaron con más claridad y más largamente de la Iglesia que de Jesucristo, pues preveían que habría muchos más errores, voluntarios e involuntarios, en este asunto que en el misterio de la Encarnación» (*Catecismo del Concilio de Trento*, artículo «Creo en la Santa Iglesia Católica»).

En 1830, Hugh Rose, de Cambridge, que busca colaboradores para una Biblioteca eclesiástica, propone a Newman que escriba una historia de los primeros concilios. Para realizar el trabajo, Juan Enrique estudia de cerca a los Padres de la Iglesia de Alejandría, en especial a san Atanasio y a Orígenes; está convencido de que la Providencia, por mediación de los ángeles, ha conducido los acontecimientos y los pueblos, tanto judíos como paganos, hacia la revelación plenaria de la verdad en Jesucristo. El fruto de ese estudio no se publicará hasta finales de 1833, con el título de *Los arrianos del siglo iv*.

Dar la voz de alarma

En julio de 1883, justo después de que Newman regrese de unas vacaciones en el sur de Europa, el pastor anglicano John Keble pronuncia un discurso que más tarde se iba a publicar con el título de *National Apostasy*. Ese discurso, que denuncia el estado crítico de la Iglesia anglicana, consigue despertar las conciencias de los anglicanos deseosos de la verdadera identidad cristiana de su Iglesia, y permanecerá en el pensamiento de Newman como la aurora del movimiento religioso que la historia ha conocido con el nombre de «Movimiento de Oxford». Desde el principio, Newman comparte el ideal de los líderes del Movimiento, contribuyendo a publicar unos «Tracts for the times», panfletos de pocas páginas sin firma y sin otro objetivo que el de dar la voz de alarma sobre el peligro que corre la Iglesia anglicana. En poco tiempo, la difusión de los panfletos aumenta considerablemente. Entre el clero anglicano, adormecido hasta ese momento, esas nuevas e inesperadas ideas producen una especie de convulsión, y todos se sienten inquietos.

Si bien, a los ojos de Newman, la posición doctrinal del anglicanismo parece inatacable, él estima

que su degradación moral va unida al abandono de la Tradición patristica, por lo que la esperanza de renovación para su Iglesia hay que buscarla en el acercamiento a los Padres. Persuadido de que la doctrina de la Iglesia de Inglaterra descansa esencialmente en los Padres, considera que el retorno a ellos es sinónimo de retorno a los teólogos anglicanos del siglo xvi. Newman se muestra favorable a una vía media, especie de posición intermedia entre el protestantismo y el catolicismo romano, según la cual, mantiene contra el primero la autoridad de la Tradición y de los primeros Padres, rechazando en el segundo aquellas doctrinas que considera innovaciones aparecidas a lo largo de los siglos. Por otra parte, estima que la Iglesia anglicana es una rama de la Iglesia Católica, siendo las otras dos representadas por la Iglesia griega y la Iglesia romana.



John Henry Newman en 1854

Sin embargo, en 1839, al estudiar la historia de los monofisitas (herejes del siglo v que negaban que en Jesucristo hubiera dos naturalezas), toma conciencia de la imposibilidad de apoyar el anglicanismo. Es como un flechazo, algo totalmente inesperado. «Me resulta difícil demostrar –nos explica– que los monofisitas eran herejes sin admitir que los protestantes y los anglicanos lo eran igualmente, y también encontrar argumentos contra los Padres del Concilio de Trento que no recayeran sobre los de Calcedonia (Concilio ecuménico del año 451 contra los monofisitas), así como condenar a los Papas del siglo xvi sin condenar al mismo tiempo a los del siglo v. Por ambas partes, el combate del error y de la verdad era absolutamente

idéntico. Los principios y la conducta de la Iglesia actual eran los mismos que los de la Iglesia de entonces, y los principios y la conducta de los herejes de entonces eran los de nuestros protestantes. Y era eso lo que yo constataba, muy a pesar mío».

Una teoría pulverizada

Monseñor Wiseman (prelado anglicano que llegará a ser cardenal y arzobispo de Westminster en 1850) publica entonces un artículo sobre los donatistas (grupo de cristianos africanos que, en el siglo iv, se sublevaban contra la Iglesia universal y defendían que eran los únicos en conservar la verdad), comparándolos con los anglicanos. Un amigo le indica a Newman una frase de san Agustín que aparece en el artículo: *Securus iudicat orbis terrarum, que puede traducirse así: El juicio de la Iglesia universal es seguro*.

«Repitió esas palabras varias veces –cuenta Newman– y, cuando se fue, siguieron resonando en mis oídos: *Securus iudicat orbis terrarum*. Eran palabras que iban más allá de la cuestión de los donatistas, que se aplicaban a la de los monofisitas. Conferían a ese artículo una fuerza que al principio me había pasado desapercibida. Decidían cuestiones eclesásticas según una regla más sencilla que la de la Antigüedad...

«¡Cuánta luz se proyectaba con ello sobre toda controversia en la Iglesia! No porque, por un instante, la multitud no pudiera errar en su juicio; no porque, en medio de la tempestad arriana, más sedes de las que pudieran contarse no se hubieran doblegado ante su furia y no hubieran abandonado a san Atanasio; ni tampoco porque la multitud de los obispos no hubiera necesitado, durante ese combate, sustentarse con la mirada y la voz de san León, sino porque el juicio reflexivo al que se adhiere por entero la Iglesia y sigue adhiriéndose es una prescripción infalible, una sentencia definitiva contra las de sus ramas que protestan y que se alejan de ella...

«Mediante una sola frase, la palabra de san Agustín me impresionaba como ninguna otra había sido capaz de hacerlo... Mediante esas grandiosas palabras del antiguo Padre, la teoría de la vía media quedaba completamente pulverizada». La vía media se le antojaba desde entonces como la vía de la herejía, esa vía que denuncia el Evangelio de san Juan, según la cual los ladrones y los salteadores intentan asaltar el redil de Cristo, en oposición a la puerta regia, que permite entrar con toda dignidad (Jn 10, 1-2).

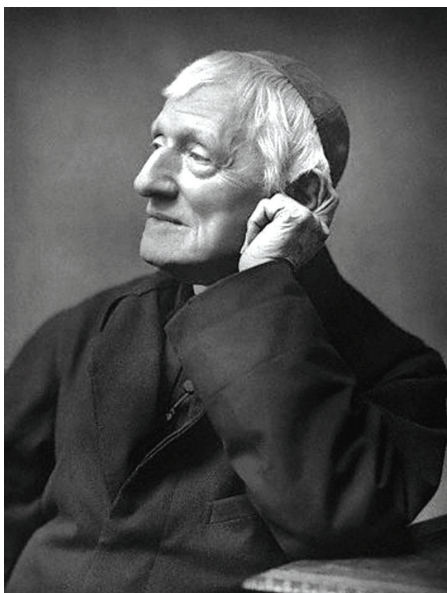
No obstante, Newman aún no renuncia a su defensa del anglicanismo. Si bien reconoce que la Iglesia anglicana carece de la unidad y de la universalidad de la Iglesia de Cristo, intenta esforzarse en demostrar que, por lo menos, posee las otras características de la verdadera Iglesia. Redacta entonces el «Tract 90», con el que intenta probar que los 39 artículos promulgados por la reina Isabel en 1571 (artículos que son la base del credo anglicano) son compatibles con los principios católicos. Pero ese escrito enciende la mecha de la pólvora. Tanto los dirigentes de la universidad como la mayor parte de los obispos anglicanos lo reprueban violentamente y consideran a todos los partidarios del panfleto como sospechosos. El golpe resulta terrible para Newman, quien ve en aquello la prueba de que su Iglesia no puede ni quiere asimilar los elementos católicos que él se esfuerza en introducir.

«¿Qué harían los Padres en mi lugar?»

En 1841, su posición en el seno del anglicanismo ha llegado a ser tan difícil que se ve obligado a dejar en manos de su vicario el cargo de párroco de Saint-Mary's. En medio del desasosiego de su desgarrado corazón, se retira con algunos discípulos a Littlemore, aldea cercana a Oxford, donde se recoge para retomar desde el principio sus estudios sobre los tratados de la Iglesia anglicana. Siente sobre todo la necesidad de buscar, en la plegaria y en la mortificación, la gracia necesaria para resolver el problema que le atormenta. Consciente como es de haberse equivocado a menudo, se pregunta si no estará equivocándose de nuevo esta vez. La lucha resulta penosa y lenta y, con la rectitud de su alma, escribe lo siguiente a sus feligreses de Littlemore: «Recordad a este hombre en los días venideros, incluso si no oís hablar de él, y rezad por él, para que pueda discernir en todas las cosas la voluntad de Dios, y que esté dispuesto a cumplirla en todo momento».

La vida en Littlemore es pobre y austera: rigurosos ayunos, silencio monástico, recitación de los oficios canónicos conforme a la liturgia católica, meditaciones, confesión semanal y comunión frecuente.

Nada más instalarse, Newman empieza a traducir las obras de san Atanasio. «Había tomado la resolución de rechazar toda controversia, y me centraba en la traducción de san Atanasio... Vi claramente en la historia de los arrianos que los arrianos puros eran los protestantes, que los semi-arrianos eran los anglicanos y que, finalmente, Roma era lo que es hoy en día. La verdad no descansaba en la vía media, sino en lo que se llamaba el partido extremo...». Su preocupación constante es llegar a saber qué harían los Padres de la Iglesia si estuvieran en su lugar, y ellos lo conducían hasta donde él no pensaba llegar.



Pero, en medio de su retiro, hay otro pensamiento que le viene a la mente a Newman: ¿y si esos «dogmas nuevos», que los anglicanos reprochan a la Iglesia romana de haber fabricado, no son otra cosa que un desarrollo homogéneo de la fe apostólica? Así pues, decide escribir su Ensayo sobre el desarrollo del dogma cristiano. Ese estudio le permite franquear el último obstáculo que le separa de la Iglesia romana, la cual, en efecto, no ha inventado nada, sino que ha sacado del depósito de la Revelación unas doctrinas cada vez más precisas, pero siempre en la misma dirección.

El 6 de octubre de 1845, interrumpe de repente su trabajo, pero dos días después consigue que venga a

► Littlemore un religioso católico italiano, el padre Domingo. Nada más llegar éste, Newman se prosterna a sus pies y le pide ser oído en confesión. Después de una noche de oración, Newman, junto con dos discípulos suyos, hace su profesión de fe católica y recibe el bautismo bajo condición. A partir de ese momento pertenece «por efecto de la misericordia divina, a la Iglesia fundada por Cristo y que dirigen los sucesores de Pedro y de los demás apóstoles, en cuyas manos permanecen enteras y vivas las instituciones y la doctrina de la comunidad apostólica primitiva» (Declaración *Mysterium Ecclesiae*, Congregación para la Doctrina de la Fe de 24 de junio de 1973). Aunque es legítimo sentir gozo por pertenecer a la Iglesia Católica, no conviene experimentar orgullo, sino más bien dar gracias humildemente por ello. «No olviden, con todo, los hijos de la Iglesia que su excelsa condición no deben atribuirla a sus propios méritos, sino a una gracia especial de Cristo: y si no responden a ella con el pensamiento, las palabras y las obras, lejos de salvarse serán juzgados con mayor severidad» (Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 14).

La amiga más querida

Por más prevista que estuviera la «secesión» de Newman, el efecto es inmenso en el mundo anglicano. Se calcula que las conversiones que se producen inmediatamente después de la suya llegan a trecientas, y ese movimiento continuará los decenios siguientes. Newman debe asumir un sacrificio muy pesado al abandonar lo que ha supuesto su vida hasta ese momento, y adaptarse a un ambiente católico con el que no armoniza espontáneamente. Después de ser ordenado sacerdote en Roma en 1847, regresa a Inglaterra para fundar en Birmingham una comunidad del Oratorio. Entre 1851 y 1858, pone su empeño en fundar una universidad católica en Dublín.

Tras recibir las críticas de un escritor parcial, en 1864 escribe su Apología pro vita sua, libro autobiográfico cuya limpidez de estilo y sinceridad de convicciones le valen un rebrote de simpatía y de celebridad. Hasta su muerte, acontecida en 1890, Newman se entrega sin paliativos al servicio de la Iglesia Católica. En señal de reconocimiento por tantos trabajos emprendidos con fidelidad y amor, el Papa León XIII le otorga la dignidad cardenalicia en 1881. Al final de su larga vida, el cardenal Newman puede escribir con total lealtad: **«Mi deseo ha sido siempre tener la Verdad como la amiga más querida, y no tener otro enemigo sino el error».**



Newman es creado cardenal el 12 de mayo de 1879 por León XIII.

La Iglesia es la obra de Jesucristo, «obra que es prolongación y reflejo suyo y mediante la cual está siempre presente en el mundo. Es su esposa, a quien se ha entregado por entero; la ha escogido para Él, la ha fundado y la mantiene siempre viva. Además, ha entregado su vida para que ella viva... Hermanos, seamos conscientes de esta verdad: Jesucristo ha amado a su Iglesia... Si Dios ha amado a la Iglesia hasta el punto de sacrificarle su vida, eso significa que también es digna de nuestro amor» (Juan Pablo II, homilía pronunciada en Costa Rica el 3 de marzo de 1983).

San Agustín llegó a escribir la siguiente fórmula lapidaria: «En la medida que se ama a la Iglesia se posee el Espíritu Santo». Esa puede ser precisamente una de las lecciones más valiosas de la vida del cardenal Newman. Sus escritos proyectan una luz clarísima sobre el amor de la Iglesia como efusión continua del amor de Dios hacia el hombre en cada etapa de la historia. El cardenal poseía una auténtica visión sobrenatural que le capacitaba para percibir todas las debilidades presentes en el tejido humano de la Iglesia, pero poseía también una segura percepción del misterio que se esconde más allá de nuestra mirada humana.

Adoptemos la ardiente plegaria a Jesucristo que brotaba espontáneamente de su corazón: **«Haz que nunca olvide que has establecido en la tierra un reino que es tuyo, que la Iglesia es tu obra, establecida por ti y tu instrumento; que estamos sometidos a tus reglas, a tus leyes y a tu mirada; que cuando la Iglesia habla eres tú quien habla. Haz que el conocimiento íntimo de esa maravillosa verdad no me haga insensible a ella, haz que la debilidad de tus representantes humanos no me haga olvidar que eres tú quien habla y actúa a través de ellos».** ❖

Dom Antoine-Marie, osb

La fiesta litúrgica de san John Henry Newman es el 9 de octubre, fecha que corresponde al día en que Newman fue oficialmente recibido en la Iglesia católica en 1845. (El 11 de agosto de 1890, fecha de su muerte, a la edad de 89 años, ya está ocupada en el calendario litúrgico por la fiesta de santa Clara de Asís. Por ello, la Iglesia eligió el 9 de octubre como fecha litúrgica para honrar a Newman). Fue beatificado por Benedicto XVI el 19 de septiembre de 2010 y canonizado por el papa Francisco el 13 de octubre de 2019.

Reproducido con permiso de la Abadía San José de Clairval, Francia, que publica una carta espiritual mensual sobre la vida de un santo. Dirección postal: Abbaye Saint-Joseph de Clairval, 21150 Flavigny sur Ozerain, Francia. Sitio web: www.clairval.com

El libro que hay que leer para saber quién es León XIV

A bordo del avión que lo llevaba de regreso a Roma después de su viaje al Líbano el 2 de diciembre, León XIV reveló a los periodistas el libro que ilumina su camino espiritual desde hace muchos años. *La práctica de la presencia de Dios*, obra del carmelita francés fray Lorenzo de la Resurrección, publicada en 1692, propone un camino accesible para todos: vivir cada instante con conciencia de la presencia divina, tanto en la cocina como ante el altar.

Un religioso francés en la mesa de noche del Papa. El 2 de diciembre de 2025, mientras regresaba a Roma en avión desde Beirut (Líbano), León XIV mantuvo cerca de treinta minutos de intercambio con los 82 periodistas presentes a bordo. Ante la pregunta personal de saber “qué libro hay que leer para comprender quién es realmente [Robert Francis] Prevost”, el Papa citó sin dudar *La práctica de la presencia de Dios*, escrito por fray Lorenzo de la Resurrección, carmelita francés del siglo XVII, declarado Siervo de Dios. “Es mi espiritualidad desde hace años”, comentó a propósito de esta obra, que describe una manera de “entregar sencillamente la propia vida a Dios, dejándose guiar por Él”. “Confío en Dios y comparto este mensaje con todos”, añadió, recordando los “desafíos” encontrados en su vida, “habiendo vivido en el Perú durante años de terrorismo, y habiendo sido llamado al sacerdocio en lugares donde nunca pensé ser llamado”.

Fray Lorenzo de la Resurrección, nacido en 1614 en Hériménil, en Lorena, adquiere en la adolescencia la certeza de que Dios existe. La visión de un árbol desnudo en invierno, asociada a la imagen de ese mismo árbol floreciendo en primavera, hace nacer en él un impulso de amor hacia Dios. De su verdadero nombre, Nicolás Herman, se alista primero como soldado en las tropas del duque de Lorena, entonces en guerra contra Francia. Gravemente herido, abandona la carrera de las armas a los veintinueve años y prueba la vida eremítica. Al no encontrar en ella la paz deseada, se convierte en lacayo en París, antes de ingresar a los veintiséis años como hermano converso en el convento de los carmelitas descalzos, en la rue de Vaugirard. Bajo el nombre de fray Lorenzo de la Resurrección, comienza como cocinero y luego como zapatero.

El secreto de fray Lorenzo de la Resurrección

Ya en vida, fray Lorenzo tenía fama de ser un gran hombre de oración, un místico. ¿Cuál era ese secreto del que se inspira cotidianamente León XIV? Los primeros diez años de su vida religiosa son un tiempo de

duras pruebas. Recuerda los pecados de su juventud y llega incluso a preguntarse si no está condenado. Al encontrar dificultades para meditar durante su oración, comienza a mirar a Dios, durante sus tiempos de trabajo, como a un amigo, como a un ser íntimamente presente. El resultado no tarda en manifestarse. “Me encontré de pronto totalmente cambiado. Y mi alma, que hasta entonces estaba siempre inquieta, se sintió en una profunda paz interior, como si estuviera en su centro y en un lugar de descanso”, escribe en su correspondencia publicada en *La práctica de la presencia de Dios*.

A través de esta experiencia muy profunda, el hermano cocinero descubre el secreto de la contemplación. No se trata de abandonar el trabajo ni el propio deber de estado para ir en busca de Dios. Él explica: “Nuestra santificación depende, no del cambio de nuestras obras, sino de hacer para Dios lo que ordinariamente hacemos para nosotros mismos”. Y continúa: “Le doy vuelta a mi pequeña tortilla por amor a Dios...”. Fray Lorenzo subraya que, en medio del trabajo, se abre un verdadero camino místico, con la posibilidad de crear una gran unidad de vida y de vivir plenamente la unión con Dios. Esto se realiza, ante todo, mediante un ejercicio continuo de amor, haciendo todo por amor a Dios. “No hay que cansarse de hacer pequeñas cosas por amor a Dios, que no mira la grandeza de la obra sino el amor”. Luego, aprendiendo a vivir cada instante en la presencia de Dios.

Ejercitarse en la presencia divina

Aquí se encuentra el corazón del descubrimiento de fray Lorenzo. “Me aplicaba cuidadosamente el resto del día, e incluso durante mi trabajo, a la presencia de Dios, a quien consideraba siempre junto a mí, y a menudo incluso en el fondo de mi corazón”. Al comienzo, confiesa Lorenzo, esto no resulta natural. A veces incluso se olvida de Dios durante largos momentos. No aprende sin dificultad a vivir en la presencia de Dios, sino con “muchas debilidades e imperfecciones”. A quienes desean seguir su camino, les aconseja no extrañarse si al principio tienen la impresión de perder el tiempo. Pero, con el deseo perseverante de vivir bajo la mirada de Dios, mediante un verdadero ejercicio, una atención repetida y sostenida del corazón, la conciencia de la presencia de Dios se vuelve en él casi natural. ❖

Hortense Leger

Fuente: <https://fr.aleteia.org/2025/12/03/le-livre-a-lire-pour-vraiment-savoir-qui-est-leon-xiv/>

León XIV responde a las preguntas de los jóvenes

El 21 de noviembre de 2025, en el marco de la sesión plenaria de la Conferencia Nacional de la Juventud Católica de Estados Unidos, el papa León XIV se dirigió en directo, por videoconferencia, a más de 15 000 jóvenes de entre 14 y 18 años, provenientes de movimientos de todos los estados estadounidenses, reunidos en el Lucas Oil Stadium de Indianápolis, Indiana. Durante 45 minutos, el Santo Padre respondió a las preguntas de seis jóvenes, sobre temas que iban desde los sacramentos y la salud mental hasta la inteligencia artificial y el futuro de la Iglesia. A continuación, se presentan tres de esas preguntas, seguidas de la respuesta de León XIV.¹

Cómo actuar frente a la tecnología

Chris: Santo Padre, buenos días. Mi nombre es Chris Pantelakis y soy de la Arquidiócesis de Las Vegas, Nevada. A menudo me encuentro sentado con el teléfono en la mano, desplazándome sin fin. También he notado que todos a mi alrededor hacen lo mismo o tienen un problema muy similar. Muchos adultos me han dicho que la tecnología es buena si se usa con moderación. Así que mi pregunta para usted es: **¿cómo nos sugiere equilibrar todas estas grandes herramientas —redes sociales, teléfonos inteligentes, tabletas y otros dispositivos— y, al mismo tiempo, construir vínculos de fe fuera de la tecnología?**

Papa León: Gracias, Chris, por tu pregunta. Es una pregunta realmente importante. La tecnología puede ayudarnos mucho en muchos sentidos, incluso a vivir nuestra fe cristiana. Nos permite mantenernos conectados con personas que están lejos, como hoy, cuando podemos vernos y escucharnos aunque estemos a miles de kilómetros de distancia. También nos ofrece herramientas extraordinarias para la oración, para leer la Biblia y para aprender más sobre lo que creemos.

Y nos permite compartir el Evangelio con personas que quizá nunca conoceremos en persona. Pero, aun con todo eso, la tecnología nunca puede reemplazar las relaciones reales, cara a cara. **Cosas simples —un abrazo, un apretón de manos, una sonrisa— son esenciales para ser humanos y deben vivirse de manera real, no a través de una pantalla, como estamos hablando esta mañana.**

Como católicos, a menudo rezamos juntos, recordando la promesa de Jesús de que cuando dos o más se reúnen en su nombre, él está presente. La Iglesia primitiva experimentó momentos poderosos de la presencia de Jesús cuando oraban juntos. Ver la misa en línea puede ser útil, especialmente cuando alguien está enfermo, es mayor o no puede asistir en persona.

Pero estar realmente allí, participar en la Eucaris-

tía, es fundamental para nuestra oración y para nuestro sentido de comunidad. Es esencial para nuestra relación con Dios y entre nosotros. No hay nada que pueda reemplazar la verdadera presencia humana, el estar unos con otros. Por eso, aunque la tecnología ciertamente puede conectarnos, no es lo mismo que estar físicamente presentes. Debemos usarla con sabiduría, sin permitir que eclipse nuestras relaciones.

Hay un santo que fue canonizado recientemente y del que estoy seguro que todos han oído hablar: san Carlo Acutis. Es un gran ejemplo. Carlo tenía habilidades con las computadoras y utilizó ese talento para ayudar a otros a crecer en la fe. También dedicaba tiempo a la oración en la adoración eucarística. Enseñaba a otros y, algo muy importante, servía a los pobres.

Incluso se imponía límites de tiempo, permitiéndose solo una cantidad determinada de horas a la semana para el uso recreativo de dispositivos electrónicos. Gracias a esta disciplina, encontró un equilibrio saludable y mantuvo claras sus prioridades. Amigos míos, los animo a seguir el ejemplo de Carlo Acutis. Sean intencionales con el tiempo que pasan frente a la pantalla. Asegúrense de que la tecnología esté al servicio de su vida y no al revés.

¿Deberíamos usar la inteligencia artificial (IA)?

Micah: Buenos días, Santo Padre. Mi nombre es Micah Alcisto y soy de la Diócesis de Honolulu, en Hawái. Muchas veces, muchos de nosotros, incluyéndome a mí, recurrimos al uso de la IA o de ChatGPT para ayudarnos a encontrar soluciones en distintos ámbitos, como en nuestros trabajos escolares, por ejemplo, para escribir un buen ensayo, guiarnos en un problema de matemáticas o responder una pregunta de historia; en definitiva, utilizando la IA como una herramienta o un recurso para encontrar soluciones y respuestas a un problema que tenemos en mente. **Entonces, Santo Padre, ¿de qué cree usted que debemos ser cautelosos al adoptar esta nueva tecnología?**

Papa León: Bueno, esa es realmente una pregunta muy importante, y me alegra mucho que la hayas hecho. Como todos ustedes saben, probablemente mejor que yo, la inteligencia artificial se está convirtiendo en una de las características que definen nuestra época. Recientemente, hubo aquí en Roma una conferencia centrada en la protección de niños y adolescentes en el mundo digital actual.

Animé a los participantes a trabajar juntos para crear políticas que los mantengan a ustedes seguros, que nos mantengan a todos seguros frente a los riesgos que conlleva la IA. Pero también les recordé, y aprovecho esta ocasión para recordárselos a todos ustedes, que la seguridad no se trata solo de reglas. Se trata de educación y de responsabilidad personal. Los filtros y las orientaciones pueden ayudarlos, pero

¹ Fuente: www.ncregister.com/news/pope-leo-speaks-to-youth-ewtn-digital-encounter

no pueden tomar decisiones por ustedes. Eso solo pueden hacerlo ustedes.

Estos años de su vida están destinados a ayudarlos a crecer y convertirse en adultos maduros. Espiritualmente, esto significa profundizar su amistad con Dios y llegar a ser más semejantes a Él. Intellectualmente, significa aprender a pensar con claridad, a pensar de manera crítica, a examinar la realidad y a buscar la verdad, la belleza y el bien.



También significa fortalecer su voluntad con la gracia de Dios, para que puedan elegir libremente lo que los ayuda a crecer y evitar lo que los perjudica. Toda herramienta que se nos da, incluida la inteligencia artificial, debe apoyar ese camino, no debilitarlo. Usar la IA de manera responsable significa usarla de formas que los ayuden a crecer, nunca de maneras que los distraigan de su dignidad o de su llamado a la santidad. En su educación, aprovechen al máximo este tiempo.

La IA puede procesar información rápidamente, pero no puede reemplazar la inteligencia humana. Y no le pidan que haga su tarea por ustedes. No puede ofrecer verdadera sabiduría. Le falta un elemento humano muy importante: la IA no juzgará entre lo que es verdaderamente correcto e incorrecto. Y tampoco se maravillará, con un asombro auténtico, ante la belleza de la creación de Dios.

Sean, pues, prudentes; sean sabios; tengan cuidado de que el uso que hagan de la IA no limite su verdadero crecimiento humano. Úsenla de tal manera que, si desapareciera mañana, ustedes todavía supieran pensar, crear, actuar por sí mismos y formar amistades auténticas. **Recuerden que la IA nunca podrá reemplazar ese don único que cada uno de ustedes es para el mundo.**

El futuro de la Iglesia

La presentadora terminó con esta pregunta: **¿qué es lo que le da esperanza en este momento? ¿Y cuál es su esperanza para el futuro de la Iglesia? ¿Y cómo podemos ayudarlo?**

Papa León: Bueno, muchas gracias. Es realmente una muy buena pregunta. Creo que es importante repetir que los jóvenes son parte del presente de la Iglesia y también la esperanza del futuro de la Iglesia.

Los miramos a ustedes —yo los miro a ustedes—, no a otros, para que ayuden a dar forma a la Iglesia en los años venideros. Y eso es algo que debe entusiasmarlos. Tal vez deberían darse todos un aplauso, porque quiero agradecerles a todos ustedes. Este es el momento de soñar en grande, de estar abiertos a lo que Dios puede hacer a través de sus vidas. Ser joven suele ir acompañado del deseo de hacer algo significativo, algo que marque una verdadera diferencia.

Muchos de ustedes están dispuestos a ser generosos, a ayudar a quienes aman, a trabajar por algo más grande que ustedes mismos. Por eso no es cierto que la vida consista solo en hacer lo que a uno le resulta agradable o cómodo, como algunos afirman. Claro que la comodidad puede ser agradable, pero como nos recordó el papa Benedicto XIV, no fuimos hechos para la comodidad. Fuimos hechos para la grandeza.

Fuimos hechos para Dios mismo. En lo más profundo de nuestro corazón, anhelamos la verdad, la belleza y el bien, porque fuimos creados para ellos. Y este tesoro que buscamos tiene un nombre: Jesús, que quiere dejarse encontrar por ustedes, que quiere ser conocido por ustedes. Uno de mis héroes personales, uno de mis santos favoritos, es san Agustín de Hipona. Él aprendió esto siendo joven.

Buscó la felicidad en todas partes, pero nada lo satisfizo hasta que abrió su corazón a Dios. Por eso escribió: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti». Agustín descubrió que su deseo de grandeza era en realidad un deseo de una relación con Jesucristo.

Su amistad con Jesús está en el corazón de lo que significa ser cristiano. No es solo para los santos, ni solo para los sacerdotes o los religiosos y religiosas. Es para todos. Esta fue la experiencia de los primeros discípulos de Jesús. Eran personas comunes que pasaron tiempo con el Señor. Lo escucharon. Experimentaron su amor.

Descubrieron que formar parte de la Iglesia significaba seguir a Jesús, vivir lo que él enseñó y continuar su misión. Por eso, cuando pensamos en el futuro de la Iglesia, lo primero que debemos hacer es profundizar nuestra propia amistad con Jesús. Esto implica una conversión personal, permitir que Dios transforme nuestros corazones para poder seguir a Cristo más de cerca. San Agustín lo expresó muy bien.

Si quieres cambiar el mundo, comienza dejando que Dios te cambie a ti. Parte de ser discípulos de Jesús es ser auténticos. Los jóvenes tienen un fuerte sentido de la autenticidad. Saben distinguir cuando alguien es genuino o falso. No pierdan ese instinto. No se conformen con una versión superficial de la fe. Busquen la verdadera amistad que Jesús les ofrece. ►

Return undeliverable U.S. addresses to:

MICHAEL
P.O. Box 38
Richford, VT 05476-0038
U.S.A.

(U.S. subscribers who want to contact us
should use the following address:
P.O. Box 86, South Deerfield, MA 01373

U.S. Postage Paid
Standard mailing
Permit No. 11
Richford, VT 05476
USA

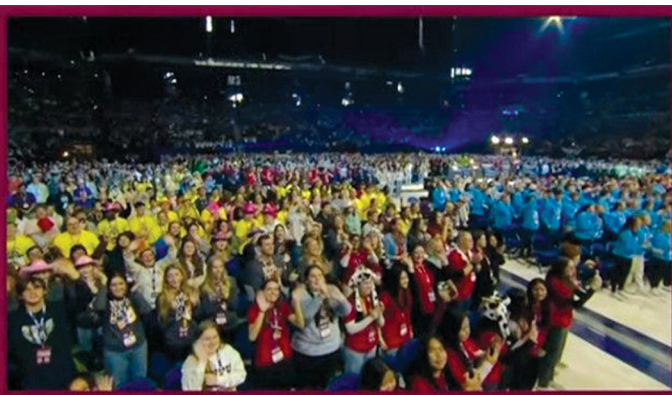
Return undeliverable Canadian addresses to:

Head office:
MICHAEL
1101 Principale St.,
Rougemont, QC, J0L 1M0
Canada



Impreso en Canadá
Printed in Canada

Asegúrese de renovar su suscripción antes de la fecha de vencimiento. (La primera línea muestra el año y el mes).



Escúchenlo en la oración y permitan que él dé forma a su vida. (...)

La Iglesia ayuda a formar su conciencia para que puedan pensar y actuar con sabiduría y amor. A medida que se acerquen más a Jesús, no tengan miedo de lo que él pueda pedirles. Si los desafía a hacer cambios en su vida, siempre es porque quiere darles una alegría mayor, una libertad mayor. Dios nunca se deja ganar en generosidad.

Por eso san Agustín rezaba: «Señor, dame la gracia de hacer lo que me pides y luego pídemelo lo que quieras». Agustín conocía su propia debilidad, pero también sabía que Dios fortalece a quienes abren su corazón a Él. A medida que se fortalezca su identidad católica, también se profundizará su aprecio por las diversas vocaciones en la Iglesia.

Muchos de ustedes están llamados al matrimonio, a la vida familiar. El mundo necesita familias santas que transmitan la fe y muestren el amor de Dios en la vida cotidiana. Si creen que pueden estar llamados al matrimonio, oren por un esposo o una esposa que los ayude a crecer en santidad y en la fe. Algunos de ustedes pueden estar llamados al sacerdocio, para servir al pueblo de Dios mediante la Palabra y los sacramentos.

Si sienten ese llamado en su corazón, no lo ignoren. Llévelo a Jesús. Hablen con un sacerdote en quien confíen. Otros pueden estar llamados a la vida religiosa consagrada, a ser testigos de una vida alegre entregada completamente a Dios. Si perciben este llamado, ese suave impulso interior, no tengan miedo.

Pidan al Señor que los guíe, que les muestre su plan.

Queridos amigos, mientras disciernen su vocación, confíen en Jesús. Él sabe cómo conducirlos a la verdadera felicidad. Si abren su corazón, lo escucharán llamarlos a la santidad. Como dijo una vez el papa Benedicto XIV, Jesús no quita nada y lo da todo. Cuando nos entregamos a Él, recibimos mucho más de lo que jamás podríamos imaginar.

Su vocación siempre está unida a la misión más grande de la Iglesia, que existe para anunciar el Evangelio a todo el mundo... Esa misión también es la de ustedes. ¿Qué don más grande pueden ofrecer al mundo que el don de la vida eterna en Cristo? ¿A qué causa más grande podrían dedicar su vida que al Evangelio? El mundo necesita misioneros. Los necesita a ustedes para compartir la luz y la alegría que han encontrado en Jesús. A quienes participan en la conferencia en Indianápolis, sepan que estoy rezando por ustedes.

Ustedes también están llamados a ser discípulos misioneros allí donde se encuentren. El Señor los invita a todos a compartir la Buena Noticia: la Buena Noticia de que Jesús murió por nuestros pecados, resucitó y vive hoy, ofreciéndonos su amor y su amistad. Así que, queridos amigos, gracias por sus preguntas. Gracias por escucharnos hoy.

Veo en ustedes una gran esperanza y una gran promesa, y confío en que el Señor está obrando en sus vidas. Que Él continúe bendiciéndolos, guiándolos y fortaleciéndolos mientras buscan servirlo en la Iglesia y en cada persona que pone en su camino. ❖